https://doi.org/10.29393/CF6-5PEMD10005

EL PENSAMIENTO DE ENRIQUE MOLINA GARMENDIA

Prof. MIGUEL DA COSTA LEIVA
Universidad de Concepción

ADVERTENCIA

El presente ensayo constituye la primera parte de una obra en preparación mucho más extensa, destinada a sistematizar el pensamiento de Enrique Molina Garmendia. En concreto, la exposición se refiere exclusivamente al período de Molina menos conocido —su estancia en Chillán y Talca— su primer desempeño profesional en Concepción, su primer viaje a Europa y su célebre controversia con don Francisco Encina. Se ha dejado sin considerar una serie de aspectos que no tenían una relación directa con estos temas, pero que en la obra definitiva aparecerán.

PROLOGO

La intención consciente de analizar la contribución de don Enrique Molina al desarrollo de la filosofía en Chile nos tiene que llevar necesariamente a demostrar que su figura constituye uno de los hitos más significativos que se ha dado en este terreno en el lapso que va desde los últimos decenios del siglo pasado hasta la primera mitad del presente. La contribución intelectual de Molina ha quedado expresada en una documentada y extensa obra compuesta de libros, discursos, artículos de prensa y especializados, cursos y conferencias que dictó durante su prolongada vida

de activo intelectual y docente. Sirvió como profesor en la Enseñanza Media y Universitaria en las materias filosóficas de su preferencia. Además fue Rector de Liceo, Rector fundador de la Universidad de Concepción y Ministro de la Cartera de Educación, cargos que desempeñó, al decir de sus contemporáneos, con extraordinaria aptitud y solvencia producto de sus excepcionales dotes intelectuales y a su reconocida calidad moral.

Un análisis exacto de la obra de Molina significa, como principio, tener que reconocer las múltiples facetas en que se plasmó su pensar y su acción. Estamos de acuerdo que resulta molesto destruir la unidad del hombre —cualquiera fuera éste— pero la verdad histórica exige en algunos casos explicitar los detalles que la componen para concitar el interés conveniente a cada una de las circunstancias, ideas y obras que lleven claridad y entendimiento en el conocimiento de la intrincada conciencia de ese mismo hombre. Molina, por lo tanto, debe ser estudiado a la luz de su evolución intelectual, lo que significa que biográficamente va pasando por diferentes posturas doctrinales. La mayoría de aquellos que han escrito sobre Molina no toman en cuenta esta elemental regla y por ello caen en el error de estereotipar su figura y su producción a lo más en un perfil. Esta es la razón —a nuestro entender— de la escasa claridad que actualmente se tiene sobre la contribución de Molina al desarrollo de la cultura nacional y muy especialmente en el desarrollo y estudio sistemático del pensamiento filosófico en el país. Diferentes hechos coyunturales de este siglo, el acrecentamiento de su cultura personal a través del estudio y el contacto personal con figuras relevantes del mundo del espíritu, el afianzamiento de las instituciones políticas que rigen el espectro del país y sus diferentes tropiezos por mantenerse, la madurez del hombre que ha dado de sí mismo todo lo que una generación podía de él esperar, la clarividencia del futuro nacional en el orden de su competencia profesional son, entre muchos otros elementos, factores que actúan sobre Molina en su decurso biográfico. Por eso es que su obra tiene los matices que corresponden a un determinado tiempo y a un determinado lugar. El Molina de Chillán no es ya el de Talca ni el de Concepción. En cada una de estas estancias surge un perfil biográfico que es necesario diferenciar. Es lo que haremos en nuestra exposición. Y nos atendremos estrictamente a su producción y pensamiento —la mayoría inédito— con el fin de determinar con relativa exactitud los diferentes perfiles que constituyen su vida, teniendo presente además que es necesario evidenciar aquellos que vendrían a ser el hilo conductor de ella.

Otro aspecto importante que es necesario tener presente en este estudio, es la multifacética personalidad de Molina. No podemos decir ingenuamente que Molina es sólo un filósofo porque restringiríamos personalmente su calidad de intelectual. Cuando la circunstancia en que vive un hombre se torna compleja, las reacciones que despierta en su conciencia adquieren variedad de canales, que se acrecientan cuando se trata de una conciencia inteligente y cultivada que exige una participación rica en iniciativas e ideas nuevas. Molina tiene este sino y su actuar no

sólo se reduce a su cátedra, sino que se dibuja en muchos aspectos que copan su vida afectiva, intelectual y volitiva. Es un hombre de acción, con ideas nuevas frente a las fuerzas de la tradición, organizador nato que pone orden y disciplina en la anarquía, que planea y vislumbra para el futuro obras de gran aliento y que por lo tanto interesa cimentar con sólidos fundamentos; sabe obtener enseñanza allí donde los otros no lo ven y dotado de una especial condición humana expresa su sentimiento en delicadas piezas literarias. Pero también escudriña el interior de los espíritus y con mirada crítica enhebra concepciones acerca del cosmos y el destino del hombre y es allí cuando se sumerge en el campo de la filosofía, terreno que no debemos despreciar y que por lo menos constituye uno de los aspectos medulares que interesa aclarar en nuestro estudio.

Es así que debemos considerar separadamente a Enrique Molina a lo menos en su carácter de El Filósofo, El Educador, El Político, El Escritor y el Hombre de Acción. Cada uno de estos trazos constituye de por sí un estudio separado con toda la riqueza conceptual que es posible obtener a la luz de la documentación y testimonios disponibles. Completar estos rasgos significa llevar claridad y justicia histórica a la obra trascendente de nuestro autor.

I.— *LA FORMACION DE ENRIQUE MOLINA EN SANTIAGO Y SU MARCO DE REFERENCIA.*

En los últimos decenios del siglo pasado Chile se despereza definitivamente de su sueño colonial y de sus afanes de independencia política. El país había ya entrado en su camino de progreso tendiente a afianzar cada vez más su carácter de nación en el concierto internacional. No obstante, subsistían en el territorio actitudes y formas sociales típicas de una nación joven que recién comienza a marchar como tal. Cuando Enrique Molina llega a Santiago a proseguir estudios en la Universidad de Chile (1887) existe un panorama típico que viene a servir de marco de referencia a las andanzas de nuestro autor por varios años y que inclusive éste pinta con acusioso detalle en su obra inédita "Lo que ha sido el vivir". En ella se expresa cómo el chileno de ese entonces tenía la ilusión de creer que este país era el primer pueblo de América Hispana en cuanto a prosperidad, calidad de la raza, progreso de sus instituciones políticas y sociales. Se pensaba que los demás países de la América morena no soportaban una comparación positiva con Chile, a cada uno de ellos se les encontraban defectos que sobrevaloraban la calidad del hombre chileno. En este parangón no se salvaba ni Estados Unidos ni la gran mayoría de los países europeos. Existía la creencia general que de Europa, sólo Francia, Inglaterra y Alemania tenían suficientes reservas espirituals para enseñarnos. Tal vez la demostración empírica de este mito explique el por qué Chile mirará acentuadamente hacia estos países, a fines del siglo XIX y buena parte del presente. Recordemos, por ejemplo, que el Gobierno de Chile

requerirá en numerosas oportunidades de la asistencia técnica y hasta económica de éstos. Además, existe todo un complejo movimiento de emigración auspiciado por Chile y cuya importancia e impacto en la constitución de la presente nacionalidad chilena es innegable. En todo caso, el modelo lo ofrecía Francia, Inglaterra y Alemania con gran superioridad del resto de los países, a veces en forma sucesiva, otras en concomitancia. Este hecho tal vez pudiera explicar como factor importante el retroceso de la influencia cultural española, influencia que se encontraba a la base de la primera nacionalidad chilena, aquella que arranca de la constitución racial del pueblo chileno, y cuyo deterioro puede notarse inmediatamente desde el inicio de las luchas de la independencia. El propio Molina, como protagonista inconsciente de este proceso viajará a Alemania en un momento crucial de su vida y no podemos descartar que la influencia recibida en este país como en otros a los que arribará acicateado por su inquietud se cristalizará en obras ejecutadas aquí.

Las raíces de esta superioridad nacional tenían fundamentos reales, no obstante. Si bien es cierto que ella se originó sin duda desde los tiempos en que el país se definió como nación independiente, a través de legendarias luchas libertadoras que unió esfuerzos de varios países, sin embargo, esta conciencia tuvo un espectacular repunte después del triunfo de la Guerra del Pacífico. Para el chileno de cierto grado de cultura que participó en las campañas del Pacífico, no podían pasar inadvertidos ciertos valores arraigados en la idiosincracia nacional que hicieron posible el triunfo en general y en cada contienda en que se tranzó el ejército chileno. En general, el triunfo de una guerra siempre trae asociado la expresión de sentimientos de superioridad, sentimientos que se trasladan al plano espiritual y afectivo desde el campo de batalla. Allí se confrontan la astucia, la valentía, el vigor físico, la eficiencia en el uso de los recursos materiales que se involucran y la inteligencia y conocimiento de los estrategas en el arte de la guerra. Estas y otras manifestaciones humanas adquieren campo propicio en el sentido general de un pueblo que ha vivido y participado colectivamente en una guerra y que ha salido airoso y triunfante de ella.

Esta conciencia de superioridad se mantuvo a pesar de la revolución de 1891 proyectándose hasta este siglo. El movido siglo XIX hizo todo lo posible para que los chilenos sintieran fuertemente el amor a la patria. Efectivamente, en cada una de estas manifestaciones bélicas el concepto de patria jugó papel importante, hace posible que la nacionalidad se identifique taxativamente como tal y salga en defensa de ella. Es el siglo XIX, a nuestro entender, cuando surge con toda claridad el concepto y conciencia del "hombre chileno" en todos sus rasgos distintivos.

Pero hay otros elementos sociales que inundan el ambiente, producto de los tiempos, en cuanto a las ideas y adelantos que la cultura está entregando en otras latitudes. Una de ellas tiene que ver con la Iglesia y su influencia. Molina anota este fenómeno, especialmente en el orden trascendente que ésta tenía y señala el retroceso de su influencia frente a un

indiferentismo religioso de una capa significativa de la sociedad chilena, por una parte, y de la hostilidad religiosa consciente de otra, constituída por los hombres de ideas avanzadas como eran los liberales y radicales de la época. Ambas facciones, sin embargo, no podían pretender, consciente o inconscientemente, reemplazar las creencias religiosas sino llegar sólo a desplazarlas o reemplazarlas por otra a lo más.

La agudeza de Molina señala que este período de su juventud ya tenía los claros indicios de una época de decadencia y que por lo mismo carecía en el fondo de ideales y de una sólida contextura espiritual. Todos tenían como divisa el pasarlo bien. La victoria bélica contra el Perú y Bolivia trajo al país una holgura económica, pero no preparados a ella de un sólido espinazo moral que diera en el alma del chileno el sentido de responsabilidad suficiente para administrarla adecuadamente en función del futuro, como nuevos ricos, tal riqueza comenzó a despilfarrarse. Es en este ambiente cuando Enrique Molina se iniciará en el período de maduración más importante de su vida y cuyo marco de referencia debemos tener presente. Muchas de sus actitudes e inclusive su formación intelectual tendrá como motivación lo anteriormente reseñado.

II.— *PRIMER PERIODO INTELECTUAL DE ENRIQUE MOLINA.*

1.— *Estancia en Chillán.*

Generalmente se define a Molina con el apelativo filosófico de positivista. Pero no se expresa suficientemente cuándo se encarnan en él las ideas de este sistema filosófico ni tampoco las circunstancias de su adoctrinamiento.

El positivismo de Molina se revela por primera vez en su estancia en Chillán a partir de 1892. Sus estudios en el Instituto Pedagógico de Santiago (1889-1892) no habían despertado en él aún la vocación por la filosofía pura; sin embargo, la necesidad de su estudio se le impone rápidamente.. El ambiente de Chillán —provinciano en todo sentido— constituía el lugar propicio para echar la simiente del estudio de la filosofía, por la placidez de la vida cotidiana y por el deseo vehemente con que algunos jóvenes con inquietudes renovadoras terciaban sus armas en pro de la cultura. En este ambiente, Enrique Sepúlveda Campos funda la "Revista del Sur", periódico mensual, "literario, científico y pedagógico" que ve la luz en mayo de 1897 y en la que participan junto a Molina —entre otros— Manuel J. Ortiz, autor de "Pueblo Chico" y "Cartas de la Aldea", Alejandro Venegas, Juan Madrid, Antonio Bórquez, Salvador Smith, Jerardo Ordenes, Ricardo Cox, etc. Alberto Rivera Labarca, de acendrado espíritu público funda también durante ese mismo tiempo "El Diario" que lo dirigía Ventura Fraga, reconocido músico, escritor y artista bohemio. En este período es donde Molina escribe sus más punzantes artículos positivistas bajo el seudónimo poco conocido de MONOCULO ó MONOCLE.

Consciente de su ignorancia en la disciplina filosófica se dedica con prolijidad a estudiar y documentarse por sí mismo. Se suscribe a la *"Revue Philosophique"* que dirigía en ese entonces el ilustre psicólogo Th. Ribot, pero la escasa familiaridad con el lenguaje filosófico echa por tierra sus iniciales espectativas. Es así que en forma seria se entrega a la lectura y comentario de la obra de André Lefreve "La Philosophie" que le da el vocabulario técnico elemental para la comprensión de los problemas filosóficos. Incentivado por este inicio solicita formalmente al Rector del Liceo de Chillán, don Luis Torres Pinto, el cambio de docencia para desempeñarse como Profesor de Filosofía. Con gran entusiasmo y responsabilidad toma como fuente de estudio para estas nuevas tareas "La lógica deductiva" de Alejandro Bain que lo inicia en el conocimiento de la lógica. Importante resulta esta obrita, que conoce casi al detalle, por cuanto sigue en gran parte las indicaciones del "Sistema de Lógica" de J. Stuart Mill, y por lo tanto traslucía las concepciones positivistas y evolucionistas imperantes a mediados y últimos decenios del siglo pasado. El estudio de la lógica y la psicología se posesionará con fuerza en Molina desde esta fecha, según propia confesión [1] debido principalmente a que estas dos ciencias se le aparecían como panaceas para el regeneramiento social del país.

En este período conoce en su plenitud el pensamiento de Valentín Letelier con la lectura cuidadosa de su libro "Filosofía de la Educación", inspirado también en el ideario positivista. Siendo Molina además Profesor de Historia, no podía dejar de impresionarse con el libro de Valentín Letelier "Evolución de la Historia" en el que desarrollaba en forma más amplia los temas que había insinuado en su memoria laureada y que llevaba el título de "Por qué se rehace la historia".

Su contacto con Valentín Letelier no era casual ni tampoco primario. Venía de los tiempos en que estudiaba Derecho en la Universidad de Chile. Había sido su profesor en la asignatura de Derecho Administrativo y ya en esa época le impactó como profesor eminente, fama que gozaba Letelier entre los jóvenes que frecuentaban los estudios de leyes.

En una carta de fecha 3 de julio de 1945, dirigida al señor Adolfo Gana Mandiola, Enrique Molina hace recuerdos de su antiguo maestro señalando que "el señor Letelier fue figura señera de la intelectualidad chilena y americana. Entre los que éramos estudiantes universitarios allá por el año 90 gozaba con razón de un prestigio enorme, aunque aún no había dado a luz ninguna de sus obras fundamentales. Antes del año indicado aparecieron sus ensayos "La Ciencia Política en Chile" y "Por qué se rehace la Historia", ambos premiados en los certámenes Varela que por esos años organizaba y pagaba el millonario don Federico Varela". Y agrega más adelante: "El conocimiento de los mencionados ensayos no lo obtuve por medio de diarios o revistas. Ni tampoco entré en relación con don Valentín Letelier aprovechando conferencias que él dictara. En aquellos

[1] Enrique Molina: "Lo que ha sido el vivir", pág. 76 del original inédito.

días no se daban conferencias. El salón de Honor de la Universidad permanecía sin escándalo de nadie cerrado todo el año. Pero eran a la vez los tiempos de Rubén Darío, Pedro Balmaceda, Alfredo Irarrázabal, Luis Orrego Luco, Narciso Tondreau, Manuel Rodríguez Mendoza y demás escritores poetas y artistas que formaban la brillante pléyade del cenáculo del diario "La Epoca".

Junto a otros amigos estudiantes del Curso de Derecho iban al recién abierto Club Radical de la calle Morandé esquina de Moneda a escuchar las noticias y comentarios de Valentín Letelier. En ese marco es cuando el pensamiento de este autor comienza a abrirse paso entre sus intereses intelectuales. La admiración primero, dió paso a un seguimiento doctrinal después. Los artículos que publicaba Letelier en la "Libertad Electoral" eran seguidos con devoción por Molina debido a la calidad de ellos y a sus ideas avanzadas. Muchos de estos artículos fueron reunidos después en un libro con el título de "La lucha por la Cultura". Desde el punto de vista jurídico el estudiante de Derecho Molina revisaba los informes y vistas que Valentín Letelier expedía en su calidad de Fiscal del Tribunal de Cuentas por la fundamentación sólidamente doctrinaria con que iban señalados. Pero además había un ingrediente importante en la personalidad de Valentín Letelier que no pasó inadvertido en Molina como para indicarlo: "Agréguese a esto todavía que su personalidad moral, su honradez y honorabilidad se destacaban en nuestro horizonte intelectual y social límpidas y sin sombra. *Era así natural que lo consideráramos como el más señalado guía espiritual de nuestro tiempo*".

En su permanencia en Chillán la lectura de Valentín Letelier fue constante y prolija. A través de sus artículos publicados en el diario "La Ley" pudo conocer Molina las obras importantes aparecidas en el extranjero, como "La educación de la Voluntad" de Julio Payot, los "Problemas de la Historia" de L. Bordeau, "El Derecho Civil y los Pobres" de Antón Menger, que en conjunto ejercieron —según Molina— una gran influencia en su formación espiritual.

Fue justamente Valentín Letelier quien dio el espaldarazo intelectual a Molina en 1903 cuando a raíz de un Congreso de Educación celebrado en Santiago, organizado por la Universidad de Chile, este último leyó un trabajo titulado "La Educación intelectual y la imitación inglesa" que fue efusivamente reconocido como sobresaliente por Letelier y que dio pie a que en lo sucesivo fueran reconociéndole sus dotes intelectuales, como asimismo, estrechándose un contacto que cada vez se hacía más fructífero, en especial para Molina. Una cálida amistad intelectual se generó entre ambos. Fue por iniciativa de Valentín Letelier que Molina fue invitado en 1907 a Santiago a dar su primera conferencia pública, por doscientos pesos [2]. El texto de ésta versaba sobre filosofía: "La filosofía de Lester F. Ward".

[2] Op. cit., pág. 2.

Andando el tiempo, en 1915, siendo Rector del Liceo de Concepción y Profesor de Historia General del Derecho en el Curso especial de Leyes que funcionaba anexo al Liceo, fueron las obras de Valentín Letelier las que le ayudaron en su tarea pedagógica. Dice en la carta citada: "Sus otras dos obras fundamentales, "Génesis del Derecho" y "Génesis del Estado", nacidos de sólida información y escritas con honradez científica, fueron para mí de un valor y utilidad inapreciables, como nuevas fuentes de ilustración y para la preparación de muchas de mis clases de la Facultad de Ciencias Jurídicas".

La estancia de Chillán puede ser considerada como de maduración para Molina, en el sentido que aportó los elementos conceptuales necesarios para introducirse y escudriñar el universo filosófico. Todavía no es el tiempo de la producción madura —la que vendrá algunos decenios más adelante— pero ya Molina comienza a exponer una vertiente doctrinaria que era la que en ese momento había actuado en su formación filosófica. Y no sólo Valentín Letelier y los que hemos nombrado de la vertiente positivista. Impregnado como estaba de esta filosofía, lee acusiosamente el libro de L. Levy Brühl: "La Philosophie de Auguste Comte". Para sus clases de Historia le son muy significativas las lecturas de "L'Historie et les historiens" de L. Bourdeaux, "Los Orígenes de la Civilización" de J. Lubbock, la "Vida de Jesús" de Renán, la "Historia de la Civilización" de Carlos Seignobos. Recordemos que Molina en esa época leía con soltura el francés y el inglés y además afianza su estudio de la lengua alemana, ayudado por los miembros de la colonia germana chillaneja, especialmente por don Carlos Helfkanpk. Fue así como pudo leer en su lengua original la "Historia Griega" de Curtius, parte de la "Historia Romana" de Mommsen y algunas obras de Goethe y dramas de Ibsen [3].

2.— *El Positivismo de Augusto Comte, Stuart Mill y Valentín Letelier y su influencia en E. Molina.*

Recordemos que el primer volumen del "Cours de Philosophie positive" de Comte vio la luz en 1830; la exposición completa de su sistema fue incluida en 1842 con la publicación del volumen 6º. Sin embargo, la visión general del sistema había estado precedida por una pequeña obra de 1822 —causa de la ruptura con su maestro Saint-Simón— llamada "Plan de las operaciones científicas necesarias para la reorganización de la sociedad" y en la que se exponen los principios generales de la filosofía positiva y la enunciación de la "ley de los tres estadios".

En Europa son muchos los que ya conocen esta ley mucho antes de la publicación del Curso de Filosofía Positiva e incluso había sido expuesta por otros pensadores aunque en forma muy generalizada, como por ejemplo Turgot. La originalidad de Comte consistió en adoptar esta ley fun-

[3] E. Molina: "Lo que ha sido el vivir", pág. 81.

damental con incidencia profunda en el dominio de todos los terrenos de la actividad espiritual y que además explica la historia del desarrollo humano. De ahí que según esta doctrina las concepciones del hombre, las distintas ramas del saber deben pasar sucesivamente por estos tres estadios que Comte denomina teológico, metafísico y positivo (o científico). El primero, se caracteriza porque la mente inventa; en el segundo abstrae y en el tercero la mente debe someterse a los hechos positivos. Según Comte, ninguna rama del saber todavía habría llegado a este tercer estado y por lo tanto es necesario dar el paso para alcanzarlo, la prioridad estaba dada en elevar el estudio de los fenómenos sociales desde el nivel metafísico al positivo [4].

Surge así en la doctrina comtiana una delineada concepción del progreso que será decisiva en algunos intelectuales chilenos que reciben directa o indirectamente la influencia del positivismo, entre ellos Valentín Letelier y Enrique Molina. Según esta concepción la historia se estaría desarrollando a través de ese instinto cuyas bases y fundamentos son extraordinariamente complejos, pero que en su acción impulsan al hombre a mejorar constantemente su situación. Por eso es que además los fenómenos sociales inherentes siguen el mismo ritmo en virtud de la natural cohesión que se da entre ellos. Esta cohesión hace que el progreso político, moral e intelectual sea inseparable del progreso material por lo que el sistema positivista argumenta que las fases de desarrollo material se corresponden con los cambios intelectuales. Quienes profesan o aceptan en este momento las tesis de la filosofía positiva consideran muy oportuno conjugar esfuerzos a fin de que el hombre penetre en el tercer estadio de su curso histórico, pero para ello es necesario que el saber de los fenómenos sociales pueda transformarse en ciencia positiva porque esta ciencia debe estar colocada en la cúspide de las demás ciencias en virtud de su contenido. La preocupación inmediata debe ser la organización de la sociedad mediante la sociología científica, es decir, Comte observa que la supuesta decadencia de ciertas instituciones humanas de su tiempo era indicio para que se iniciara en el mundo el primado de la razón.

El sistema cerrado de Comte influye con notoriedad a pensadores europeos y americanos, especialmente para que se constituya la sociología como ciencia y se efectúen serios estudios acerca de los fenómenos sociales. Presenta como evidente la tesis muy sugestiva de que la historia de la civilización se encuentra sometida al imperio de leyes generales.

Uno de los pensadores que seguirá esta línea y que hemos visto influye directamente sobre Enrique Molina es Stuart Mill quien publica en 1843, en Inglaterra, su "Sistem of Logic" de claro corte positivista y de enorme importancia sobre la pedagogía de la época. El nuevo método para encarar los fenómenos sociales expresados por Comte es en esta obra reconocido como una gran contribución científica y significa, en el fondo, respaldar la tesis comtiana del progreso humano.

[4]Bury, John: "La idea del Progreso". Alianza Editorial. Pág. 263 (1971).

El 1º de enero de 1896 el profesor de Derecho Administrativo de la Universidad de Chile, don Valentín Letelier publica en "La Lei" un encendido artículo titulado "Los Pobres" cuyo contenido no es más que llamar la atención primero, a don José Agustín González, Vicepresidente de la entonces Asamblea Radical de Santiago, y en seguida al público ilustrado de la capital, del significado que tenía para la causa de los pobres el programa de ese partido político. Excursionando en la historia y en el derecho, demuestra la necesidad de otorgar y reconocer a esta clase social privilegios y accesos que hasta entonces no tenían como una forma de evitar el espíritu de resistencia y sublevación que podían trastrocar la tranquilidad del Estado. A la base de su exhortación política se observa el claro testimonio de la filosofía comtiana. El artículo termina inclusive con una cita "... el partido radical puede continuar la obra generosa del augusto fundador del cristianismo, puede enseñar con Augusto Comte que ser rico es desempeñar una verdadera función social, la de creador y administrador de la riqueza en beneficio común ...".

3.— *Las primeras publicaciones de Enrique Molina.*

El citado artículo, encontrado en los documentos de Molina, representa no sólo un testimonio de admiración del joven Molina frente a su guía doctrinal, sino más bien una casi consciente postura filosófica que le obligará a excursionar inclusive en otros terrenos, incluyendo el político. Eco claro de este seguimiento doctrinario hacia Letelier es una encantadora sátira que publica en el periódico "El Diario" de Chillán, en marzo de 1897, con el seudónimo de Monóculo. El artículo se titula "Un tipo de nuestra época —Don Próspero Manso". A través de una sugestiva historia muy liviana presenta la imagen del hombre chileno que por designio superior está llamado a ocupar los cargos más importantes con que cuenta el Estado Nacional. Las líneas centrales de su escrito no hacen más que representar, en un lenguaje más literario y accequible al público, el problema social que ya mencionaba un año antes Valentín Letelier en "La Lei". Su crítica es acerva contra la falta de preparación de los gobernantes en los asuntos tan delicados de dirección del Estado. Su positivismo se manifiesta en el llamado de superación a que apunta su crítica en función del progreso del propio Estado.

El 6 de enero de 1897 publica Enrique Molina otro artículo en "El Diario" por medio del cual rebate con bastantes fundamentos el discurso pronunciado por don Guillermo Viviani en la distribución de premios a los alumnos del Colegio "Alberto Magno" y que había sido a su vez publicado en el periódico "El Amigo del Pueblo" el 30 de diciembre de 1896. La importancia del artículo de Molina radica en la definición positivista que da a su argumentación, lo cual es primer indicio de una toma de posición frente a esta doctrina. Sus palabras traducen los puntos claves: "... la ciencia no se ha propuesto jamás como fin inmediato la felicidad.

Sólo busca la verdad. Naturalmente mientras más aumentan nuestros conocimientos más nos adaptamos al medio en que vivimos y podemos aprovechar muchos bienes que antes ignorábamos y evitar males que antes sufríamos por ignorancia" ... "la obra de la cultura humana es lenta y pasarán muchos centenares de años antes que nos despojemos por completo de la herencia de instintos groseros y supersticiones que nos han legado nuestros antepasados" ... "No ha sido la moral teológica la que ha librado a los desgraciados locos de los tratamientos inhumanos que sufrían. Han sido los progresos de la medicina" ... "El límite de nuestros conocimientos ciertos lo forma la experiencia, es decir, nuestra sensibilidad; y la ciencia por de pronto no pasa más allá. La metafísica sí que ha franqueado esta frontera, pero sin el menor éxito porque no ha resuelto con fijeza absolutamente ninguno de los problemas que la atormentan desde hace veinticinco siglos". En estas palabras resuenan con evidencia la esterilidad del estadio metafísico de la ciencia y su consecuente éxito en el nivel superior o positivo.

Comte enseñaba que el mundo se guiaría en este estadio por una teoría general controlada por quienes la estudien y saben aplicarla. El orden espiritual del mundo se compondrá de sabios que dirigirán la vida social a través de las verdades positivas de la ciencia. Impondrán una educación universal y perfeccionarán hasta el fin el código ético. El mundo se regirá por un gran cosmopolitismo universal. Traduce Molina en este artículo estas ideas así: "... el día en que los hombres hayan extinguido en sus almas el amor a la patria y colocado en su lugar el amor a la humanidad, habrá dado el progreso un enorme paso hacia adelante" ... y agrega más adelante, refiriéndose a la situación chilena "... es indudable que el presente constituye una época de gran crisis moral, crisis característica de todo período de transición, cuando las creencias caducas van cediendo el terreno a nuevas creencias".

El artículo que estamos mencionando constituye una verdadera pieza maestra y es necesario tomarlo en cuenta en la evolución intelectual de nuestro autor. Resume el grado de madurez a que había llegado en ese momento. Son cinco años de formación intelectual bajo el alero del Liceo de Chillán y traslucen el esfuerzo y sed de conocimientos que lo respaldan. El texto es largo, y está dividido en dos partes publicadas separadamente. Molina hace una defensa de la ciencia como el más puro exponente positivista, con argumentos serios. Resalta su valentía en exponer sus ideas, todas de un innegable valor de avanzada y con evidente dirección en atacar actitudes, grupos y personas que debían sentirse muy molestas con el llamado de atención que el profesor "concéntrico" Molina echaba sobre ellas.

En un párrafo muy significativo dice: "Una nueva moral se está desarrollando y para muchos se halla enteramente formada. El hecho solo de que existen miles de personas indiferentes, de intachable moralidad, prueba que es posible fundar una moral sin dogmas cimentada sobre bases positivas".

La postura de Molina y sus ideas de avanzada debían llevarlo a un encuentro con aquellos sectores a los que tan abiertamente atacaba por la prensa. En 1896, a raíz de la campaña presidencial, Molina y su amigo Alejandro Venegas participaron activamente como partidarios de la alianza liberal que llevaba como candidato a A. Vicente Reyes en contra de la coalición liberal conservadora de don Federico Errázuriz Echaurren. Bajo el pretexto de un discurso pronunciado en la plaza de armas en una reunión política fueron acusados en la Cámara de Diputados a fin de que se les exonerara de sus funciones públicas. No sufrieron tal distinción —según dice Molina [5]— porque se encontraba ocupando en esos días la cartera de Instrucción Pública don Gaspar Toro hombre de gran talento y de carácter amplio y sólido que se había formado en la escuela de Diego Barros Arana y que no se prestó a una medida de esa naturaleza.

Este hecho anecdótico se sumó a otros similares en que se tergiversaban las opiniones de Molina y Venegas haciéndoles blanco de enconados ataques en el diario "El Día" de Chillán por su liberalismo avanzado. El propio Molina al referirse a estos ataques señala "Habíamos aceptado además como la mejor explicación del mundo y de la vida —reconociendo por cierto el misterio de lo incognoscible— la doctrina de la evolución, lo que constituía motivo suficiente para hacernos blanco de críticas". [6]

Es también esta época cuando Enrique Molina se traza como ideal de vida su entera consagración a la educación como instrumento de mejoramiento social. Ya había tenido experiencias negativas en el campo de la política, algunas pertenecientes a su niñez y las decepciones con que éstas venían acompañadas hacen conciencia en él que la vida política activa tenía los caracteres de una comedia, a veces de una tragicomedia en la que naturalmente no quiere intervenir. Es también el sentido que tienen la mayoría de los escritos de ese tiempo como el de "Don Próspero Manso" que hemos citado, "La Tragedia del Pensamiento", cuento filosófico que apareció en La Revista del Sur, de Chillán en mayo de 1897 (en las págs. 34 al 51), con el seudónimo de Monóculo y en el que expone su ideario social y la libertad de pensamiento. Con mucha agudeza indica el sino del hombre que pretende reformar la sociedad con su puro entusiasmo. Este cuento tiene gran sabor autobiográfico y pinta con exquisitez el panorama social que vivía Chile en el último decenio del siglo pasado.

De este período es un ensayo filosófico casi desconocido que apareció en la "Revista del Sur" de agosto de 1897 (entre las págs. 214 a 222) firmado por Monóculo, con el título de "Mesa Revuelta", donde expone los deberes y responsabilidades que tiene el escritor. A pesar de su escasa extensión hay en él un Molina maduro en lo intelectual y con una originalidad que no le conocíamos. Su intención es aclarar conceptos en aras de una definición en lo que respecta a situaciones como "la obligación

[5] "Lo que ha sido el vivir", pág. 89 del original inédito.
[6] Op. cit.

de decir la verdad"; "el respeto a la creencia", el "amor desinteresado a la verdad"; el valor de la meditación filosófica, etc.

Otros cuentos, pero de índole psicológica y publicados en la "Revista del Sur" son: "Del Baile a la locura" (págs. 352 a 365) —octubre de 1897—, "Historia de un Retrato" (págs. 467 a 482) —diciembre de 1897—, correspondientes ambos a un período en que buscaba tentativamente un *telos* para su vida. Precisamente en esos años lee "La Educación de la Voluntad" de Julio Payot, libro que había de tener significativa importancia para la formación de su carácter. El análisis psicológico trasciende el estudio que puede efectuar de su persona para irse a las que le rodean.

No deja de llamar la atención que otro joven de esa época, perteneciente al mismo grupo, Manuel J. Ortiz realiza también en sus escritos un descarnado análisis psicológico de los personajes principales de un típico pueblo chileno, a través de sus famosas "Cartas de la Aldea" y "Pueblo chico".. Venegas por su parte, agudiza su penetración psicológica para ir al análisis social, pero no circunscrito sólo a Chillán, sino al país. Por esos años, ya comienzan a germinar en su mente proyectos de redención social que lo llevan a viajar a través de todo el país, disfrazado, para conocer a fondo a la familia chilena.

Observamos en la metódica de Molina una evidente aplicación de los principios que conforman su quehacer académico; recordemos que la primera generación del Instituto Pedagógico tenía por misión llevar a cabo una profunda reforma en la educación chilena a través del método "concéntrico". Nuestro autor aplica, por tanto, estos principios a su análisis psicológico del medio, actitud que al parecer distingue a todos los que concurren en el grupo formado por estos maestros.

La participación que Molina efectúa en la prensa a través de estos artículos incendiarios, algunos de corte típicamente políticos e ideológicos, nos muestran, por una parte, la fogosidad del hombre joven que quiere arremeter contra todo lo establecido en aras de un progreso en las costumbres, en las instituciones y en las prácticas sociales. No desconocemos el ideal quijotezco que inconscientemente emana de algunos de ellos, pero la intransigencia y vehemencia que pone a sus palabras nos revela una fase de la vida de Molina desconocida hasta ahora. En este sentido no deja de llamar la atención la semblanza del hombre joven que expone Molina en su cuento "La Tragedia del Pensamiento", impetuoso y crítico por naturaleza, pero que alcanza en su madurez la calma y sobriedad necesaria para enfrentar los mismos problemas que le deslumbraron en la época juvenil. Las comparaciones biográficas con Molina huelgan.

Con esta perspectiva deben evaluarse algunos artículos que publica en "El Diario" y "La Discusión" de Chillán, como por ejemplo: "Estudio sobre el Sermón pronunciado por el ilustrísimo obispo de Ancud en la Iglesia Matriz", en la que defiende la separación que debe existir entre lo que concierne a la fe y lo que le corresponde a la ciencia, ambas cosas superditadas en la exposición pública del obispo. El tono de Molina

sigue siendo positivo en éstos cuando declara: "....La ciencia descansa encima de otro fundamento que la fe sobrenatural. Se alza sobre el gran principio de la uniformidad de la naturaleza, según el cual, todas las fuerzas del universo, desde las mecánicas hasta las nerviosas accionan y reaccionan entre sí en relaciones matemáticas invariables, en virtud de leyes de causalidad fijas, inflexibles e inmutables..."[7], es decir asume la postura de un determinismo natural en el acontecer cósmico. En los "acontecimientos del mundo material y moral no intervienen ni la casualidad ni el capricho"[8]. El artículo está firmado con el seudónimo MONOCLE.

Conviene resaltar a estas alturas con más detalles el método de trabajo intelectual que desarrolla Molina y que le será típico a través de toda su vida. Sobre la exposición de un autor determinado efectúa un análisis de su contenido para exponer sus propios puntos de vista, más o menos en el siguiente orden:

1) Breve exposición de la circunstancia del escrito a analizar.
2) Exposición resumida del texto a analizar a través de cita directa o reducida a cortos enunciados que se enumeran siguiendo a veces la forma de Sorites.
3) Exposición particular (por puntos, partes o capítulos) del texto y su respectivo análisis y crítica en las que expone sus propios puntos de vista. Acuerdo y desacuerdo con el autor.
4) Resumen o conclusión, generalmente en función de la o las tesis que pretendía demostrar como verdadera.

Para los efectos del conocimiento del pensamiento de Molina son importantes los puntos 3 y 4.

Pertenecen a este período además, un género de publicaciones que se explica por una costumbre del periodismo de ese entonces que exponía *in extenso* las intervenciones públicas de algunas personalidades. Así tenemos: "Discurso", pronunciado por don Enrique Molina en el concierto de caridad del lunes 18 de septiembre de 1899, que constituye un elogio a la filantropía y a la caridad demostrada hacia las necesidades que padecía Chile en ese momento; "Discurso del señor Enrique Molina, vice-presidente de la Sociedad de Instrucción Primaria" —de fecha indeterminada, pero datado con presunción en 1899—, en el que, en función del papel que debe cumplir la educación, se expone la idea de progreso y la exhortación a convertir esta disciplina en un saber científico; "Discurso" de Enrique Molina, sin fecha precisa, perteneciente a 1900,

[7]Op. cit.
[8]Op. cit.

a raíz de la inauguración de una escuela de mujeres en Chillán, en el que expone las bondades que para Chile sobrevendrían si la educación se universalizara. Plantea como exigencia del Estado positivo la rehabilitación completa de la mujer a través de derechos civiles, políticos, intelectuales y económicos. Con mucha clarividencia dice en él que la mujer chilena —dada sus especiales condiciones potenciales— está llamada a jugar un decisivo rol en el futuro del país.

Estudiando algunos usos y costumbres chilenas, excursiona en el género satírico a través de la publicación de cuentos que en el fondo son otras tantas expresiones literarias del positivismo que comparte. Dos títulos llaman la atención, firmados ambos por *Monocle: "Un honrado vecino"*, donde se pinta a un típico funcionario gubernamental de provincia, simplón, con una buena dosis de ignorancia, de buena reputación y que en su edad senil pretende llevar a cabo los proyectos y ambiciones que le son propios a la juventud, con el consiguiente fracaso. El segundo cuento se titula *"Fray Ramón y Luisa"*; en éste se presenta con hondo dramatismo el desenlace fatal doble que ocurre en el seno de una familia chilena por causa del impacto de las nuevas ideas que es necesario asumir en el siglo que recién se estaba iniciando.

En febrero de 1898 se celebró en Chillán el 5º Congreso Científico organizado por la Sociedad Científica de Chile. En la sesión inaugural E. Molina leyó un trabajo titulado "Ligeras indicaciones sobre algunos estudios que no se cultivan en Chile", y que fue publicado más tarde en el Nº 10 de la Revista del Sur de abril de ese año (págs. 554-569). Los estudios a que se refiere específicamente Molina son los de "Historia del Derecho" y los de "Psicología" o ciencia del alma como le llama.

El estudio de la Historia del Derecho, ausente en aquel entonces en la formación del hombre de leyes, se fundamenta en la necesidad de que éste logre el conocimiento "encadenado de las leyes de otros tiempos y otros pueblos a fin de basar su educación sobre principios generales que lo doten de un criterio adelantado que le eviten el peligro de caer en un empirismo rutinario y en la idolatría de los códicos patrios"[9]. Examinando la necesidad de estos estudios se concluye que "...la comprensión del estado social y de las creencias de una época tiene importancia, no sólo para penetrar el espíritu de la jurisprudencia de un pueblo, sino también, tratándose de sociedades antiguas, para obtener nueva luz que nos permita examinar y explicar muchas de nuestras costumbres y supervivencias actuales" y agrega enseguida: " . . . la persona que sólo observa la sociedad en que vive y la legislación de un pueblo en un momento dado, no teniendo en su horizonte intelectual datos para hacer comparaciones con otros pueblos, otros tiempos y otras leyes, está condenada a creer que la sociedad ha sido siempre igual y que las reglas que dirigen su conducta han regido desde el principio del mundo y regirán hasta la consumación de los siglos. Esa persona es una rémora para el progreso..."

[9]Op. cit., pág. 555 y ss.

La Psicología es otra ciencia cuyo estudio falta en Chile. Se refiere a ésta como la ciencia del alma, destinada a estudiar la inteligencia, los sentimientos, las pasiones y el carácter de las personas. Este saber, dice Molina, "ha llegado a ocupar un lugar preeminente, ha servido para marcar nuevos rumbos a las ciencias sociales y para enriquecer sus métodos la psicología de los pueblos" a partir de la segunda mitad de ese siglo. Su necesidad se hace evidente en el estudio de la mente de los niños en función de una pedagogía más científica, pero su aplicación en lo que Molina llama la Psicología de los pueblos le abre insospechadas perspectivas en el terreno de las ciencias sociales. "Estas ciencias solicitaron en sus albores demasiado exclusivamente de las ciencias naturales y de la historia la explicación de sus fenómenos. Ahora buscan esa explicación en el alma humana...", es la dirección que le daban las "doctrinas de Lazarus en sociología, Simmel en la moral, Wagner en la economía política y von Jhering en el derecho romano", en las universidades de Berlín los tres primeros y en la Universidad de Gotinga el último. Después de perfilar los rasgos psicológicos de algunos pueblos hace alusión al admirable ensayo de psicología del pueblo chileno presentado en 1844 a la Universidad de Chile por don José Victoriano Lastarria con el título de "Investigaciones sobre la influencia social de la conquista del sistema colonial de los españoles en Chile".

La perspectiva positivista de Molina queda de manifiesto una vez más cuando resume sus planteamientos: "Es una opinión dominante ya en el Viejo Mundo que nuestra época es de transición y de crisis. Las creencias bambolean, los caracteres decaen, y la prueba más palpable del debilitamiento de energía se encuentra en el gusto dominante por las formas y superficialidades" [10], por eso que es necesario luchar especialmente aquí en el Nuevo Mundo —agrega— el que sólo ha empezado a vivir sólo ayer la vida independiente; "todo está aquí por hacer", resume, como queriendo ya definir su propia razón de su existencia. Citando a Voltaire y Zola hace un llamado a los miembros de la Sociedad Científica de Chile: "Hay que trabajar" y "Trabajad", como exclusiva norma de conducta.

La vida espiritual rica que llevaba el grupo de jóvenes maestros en Chillán se desplegaba en todas direcciones de la vida que se experimentaba en esa ciudad a partir del centro que gravitaba en el liceo. Justamente en esta época es cuando este establecimiento se convierte en el mejor liceo del país. Alejandro Venegas, Maximiliano Salas Marchan, Enrique Sepúlveda Campos, Gregorio Bravo, Juan Baustista Villegas, sumados a los que hemos nombrado, constituían el grupo que insuflaba "un espíritu renovador, fuerza de trabajo y optimismo a toda prueba. [11]

Armando Bazán al compendiar la actitud que asume el grupo en la histórica Chillán, apunta: "Sin dejar de ser, en el aspecto religioso, enteramente cristiano, son al mismo tiempo librepensadores. Se les llamó por

[10] Op. cit., pág. 567 y ss.

[11] Bazán Armando: "Vida y obra del maestro Enrique Molina". Nascimento, Stgo. 1954, pág. 35.

eso tan luego como se les conoce: descreídos, y hasta herejes. En realidad sólo dudan de ciertos dogmas católicos. Pero su fe permanece intacta en todo lo que concierne al amor a la humanidad y a la admiración de todo lo creado. Y esta creencia, este amor vivo los inflama, a unos más, a otros menos, de una confianza rica y fecunda en la inteligencia y en el destino terreno del hombre". [12]

La actividad docente de Enrique Molina en Chillán se extendió desde 1892 a 1903, fecha en que a la edad de 33 años se desposa con Ester Barañao, hija de una distinguida familia chillaneja, y se traslada a Concepción en procura de un ambiente más amplio donde pudiera enriquecer su experiencia y encontrar un lugar más propicio para dar libertad a sus pretensiones e inquietudes espirituales. El año inmediatamente anterior había obtenido además su título de abogado, profesión que, no obstante no haber ejercido nunca, dedicó buena parte de sus energías en estudiar y profundizar durante toda su vida llegando a ser profesor de la futura Escuela de Derecho de la Universidad de Concepción cuando ésta se funda en los años venideros. El nombre de Molina era a la sazón conocido en casi todo el país ocupando un lugar de distinción entre los educadores de Chile.

4.— *Primera Estancia en Concepción (1903-1905).*

Siguiendo rigurosamente las expresiones del protagonista, la estancia de Molina en Concepción durante esos dos años, fue dedicada casi exclusivamente al estudio y al "recogimiento" espiritual. No deja de sorprender la similitud de este período con que diez años antes había iniciado su estancia en Chillán dedicándose en sus primeros tiempos a idénticos objetivos. Necesidad, surgida seguramente de su a veces atribulado espíritu, que le hacía desembocar en períodos interregnos, necesarios para afianzar ciertos valores y escudriñar nuevos conocimientos. La característica de estos períodos es su vuelta a los libros, a las fuentes, siempre excursionando en lo nuevo, en aquello que puede abrir las fronteras y los límites intelectuales. Está siempre llano a revisar lo andado y asumir lo extraño en forma crítica.

Su formación hasta el momento tiene una fuerte inspiración positivista —como hemos visto— pero ya en ese tiempo esta doctrina comienza a recibir el natural descrédito e impugnación de los filósofos en Europa y nuevos vientos soplan en el terreno de la filosofía de los que es necesario ponerse al día. Asimismo, las ciencias en general, están aportando nuevos descubrimientos que es necesario asimilar, reconocer y distinguir. Y en el trasfondo, según el mismo anuncio que Molina hacía en su discurso de 1898 ante la Sociedad Científica de Chile, existen una serie de acontecimientos sociales, políticos y económicos que preludian la Primera Guerra Mundial del año 1914. Como historiador está atento a la concatenación de los fe-

[12] Op. cit.

nómenos históricos. En sus archivos personales de ese tiempo observamos notas, recortes y apuntes sobre la Guerra hispano-norteamericana, el reparto del Celeste Imperio, la situación de China, la Guerra en Asia y la beligerancia entre Inglaterra y Rusia; y más cercano, la militarización de Argentina y los problemas limítrofes entre ambas naciones. Su convencimiento de que la época que vive es época de transición le obliga a estar atento para ver en detalle el mundo de la historia contemporánea.

Su trabajo intelectual se reduce hacia el exterior en artículos que se publican en el diario "El Sur". En lo fundamental, lee y medita. Entre las obras importantes que conoce en esos años y que acrecientan su cultura reseñamos: "Historia de Inglaterra" y los "Ensayos" de Macaulay, los "Orígenes de la Francia Contemporánea" de Taine, autor este último que gozó de su gran predilección; la "Cuestión Social desde un punto de vista filosófico", de Luis Stein, la "Voluntad de creer" de William James, siendo este libro su primer contacto con el pragmatismo norteamericano; y la "Psicología Contemporánea", de Guido Villa. Estos libros constituyen un exponente del abanico de preocupaciones intelectuales del Molina del comienzo de siglo y es necesario tenerlos en cuenta para comprender el ulterior desarrollo que les sigue.

A este período pertenecen además sus escritos sobre Baldomero Lillo y su obra, especialmente Sub-terra, autor con quien, dicho sea de paso, le unía una estrecha amistad.

III.— *SEGUNDO PERIODO INTELECTUAL DE ENRIQUE MOLINA (1905-1916).*

1.— *Estancia en Talca y la publicación de sus primeros libros.*

Desde Concepción Enrique Molina aspira al cargo de Rector de un plantel de Humanidades, deseo que ve cristalizado en el Liceo de Talca. Lo hace, de acuerdo a sus palabras, con el único objeto de obtener un mayor desahogo económico y de disponer de más tiempo para dedicarlo a sus estudios y escribir. En esta intención ya se vislumbra al intelectual maduro con pretensiones serias no tan sólo de curiosear en los saberes que le interesan, sino que quiere producir, crear en el terreno del cual es un profesional: las ideas, las palabras, y las acciones de maestro. Pero las intenciones llegan a cristalizarse sólo en función de agudos dolores espirituales. Si hasta ese momento su vida de maestro se había desarrollado sobre carriles más o menos tranquilos, la etapa de Talca es dura desde un principio y trenzada en enconadas luchas espirituales. La acción renovadora a la que aspiraba como una consigna definida de su vida, encontraría en la ciudad del Piduco graves resistencias por la conformación que tenía ésta en esos tiempos, de fuerte raigambre colonial en sus costumbres y modos de vida. Los miembros del Consejo de Instrucción Pública estaban absolutamente conscientes del lugar y situación a que exponían a Molina y

hasta el mismo Valentín Letelier, parte importante de ese Consejo, aconsejóle con cierta dosis de prevención: "Si Ud. sale bien de esta prueba se pone las botas para lo que quiera" [13], frase que resultó con el tiempo como una premonición de lo que sería Molina con el correr de los años. Este, al recordar esos duros años los compara como al de una guarnición en una ciudad sitiada, siendo la primera el liceo y sus innovaciones y la segunda, la sociedad Talquina.

La ardua tarea educadora que emprende Molina en Talca, acompañado de su entrañable amigo Alejandro Venegas, alienta a congregarse nuevamente a un importante grupo de profesores y amantes de las humanidades que más tarde ocuparán el pináculo de las letras nacionales. Se olvida con frecuencia cuánto le deben, como guías espirituales, formadores, en el pleno sentido de la palabra y en el afianzamiento de vocaciones a E. Molina y Alejandro Venegas un Domingo Melfi, Armando Donoso, Mariano Latorre, Roberto Meza Fuentes, Ricardo Donoso, Armando Rojas E., Ernesto Barros Jarpa y muchos otros.

Desde 1905 comienzan a crecer en el pensamiento de Molina otras vetas. Sigue profesando la tesis positivista en el fondo, la que no abandonará del todo en el resto de su vida, pero ensamblándose a ella aparecen otras corrientes que provienen del estudio que efectúa en esos tiempos de autores contemporáneos y que podemos circunscribir en tres órdenes: filosóficos, históricos y jurídicos, con acento en los dos primeros. Una relación de su actividad intelectual por aquellos años se manifiesta así:

Recién llegado a Talca en 1905 viaja a Santiago en calidad de profesor especial para formar parte del cuerpo docente encargado de dictar cursos de perfeccionamiento a los profesores secundarios del país. Molina dicta quince conferencias sobre "Metodología de la Historia", con singular asistencia, derivada del reconocimiento nacional a su calidad profesional e intelectual. De esta experiencia data su relación con el escritor Augusto D'Halmar. El año 1907 fue tal vez el más significativo en producción. En septiembre vuelve a ser invitado a Santiago a repetir estos cursos de perfeccionamiento e incluye por primera vez en estos planes uno acerca de temas de filosofía y cuyo contenido no nos ha sido posible obtener. En esta oportunidad conoce a doña Amanda Pinto, la eminente educadora nacional que trocará su apellido por el de su esposo, llamándose en lo sucesivo Amanda Labarca y cuya amistad con E. Molina ocupará ambas vidas. En su primer encuentro preparaba ésta su libro "Impresiones de Juventud" (la novela y la poesía de hoy).

En el mismo año, es invitado a Santiago por Valentín Letelier, entonces Rector de la Universidad del Estado (Chile) a dictar una conferencia filosófica. Molina había estado estudiando las doctrinas del sociólogo norteamericano Lester Frank Ward, especialmente su libro "The Psychic Factors of Civilization". El mismo nos dice que las ideas de este autor ejerciéronle una profunda influencia durante ese período, en especial

[13] E. Molina: "Lo que ha sido el vivir", pág. 104.

su tesis sobre el *meliorismo*. Esta conferencia se publicó posteriormente en un folleto con el título de "La filosofía de Lester F. Ward" en 1908 y forma parte además del volumen dedicado a la Filosofía Americana que apareció en 1913

En 1908 E. Molina fue invitado a participar en el Congreso Científico Panamericano que se celebró en Santiago. Lleva en su carpeta un reciente estudio que quiere dar a conocer, producto de sus afanes en buscar líneas nuevas en el horizonte del pensamiento. Su título: "El Pragmatismo o la Filosofía de Williams James". Molina había examinado la tesis pragmática confrontándola con el positivismo; reconocía el impacto que ésta estaba teniendo en el mundo occidental, especialmente en Estados Unidos, Italia e Inglaterra.

No compartía sin embargo todas sus ideas, especialmente, la afirmación de que no existe la verdad objetiva, sino la verdad como representación que sirve para la acción. Reconoce, empero bondades a la novísima filosofía, en la conformación de la vida espiritual del hombre. Ante la problemática de la vida de ultratumba sostiene nuestro autor que "con modestia y humildad intelectual podemos tomar ante este misterio una actitud pragmatista y con recogimiento hundirnos en la búsqueda del mejor camino para nuestra actividad para sacar del fondo del ser nuestra realidad espiritual". [14]

La doctrina de James no era aún conocida en Chile allá por 1907; campeaba en los medios intelectuales nacionales el positivismo de Letelier con toda su fuerza. Cualquier vuelta al estudio de la metafísica y los problemas tradicionales de la Filosofía era considerada una verdadera herejía. Así por lo menos se perfila en la respuesta que el Rector de la Universidad de Chile da a Molina en la entrevista que éste sostuvo solicitándole autorización para dictar una conferencia sobre el pragmatismo: ¡"Qué haya, hombre, gentes que se ocupen de estas cosas todavía"! Desempeñaba el cargo de Rector de la Universidad de Chile accidentalmente nada menos que el Decano de la Facultad de Matemáticas de ese plantel. El fondo de la respuesta es buen ejemplo de lo que acontecía en la intelectualidad chilena: el buen señor Rector pertenecía con seguridad a esa generación de hombres progresistas de nuestro país que entre los años 70 al 90 del siglo pasado creían que el positivismo significaba el ápice definitivo del pensamiento humano, más allá del cual no había que buscar nada ni inquietarse por aquellas materias acerca de temas trascendentes. [15] Al recordar esta anécdota, Molina adelanta una explicación: En virtud de su credo positivista este buen señor "ignoraba la existencia de James y la de Bergson también por supuesto, y no sabía que la metafísica, condenada por el positivismo a relegación perpetua, renacía, lozanamente en las preocupaciones del espíritu. De aquí su extrañeza al ver que en este rincón del mundo alguien se preocupaba de

[14] Op. cit., pág. 116.
[15] Op. cit., pág. 117.

éstas para él anticuadas especulaciones", como si la filosofía alguna vez haya dejado de ser actual y haya perdido su más esencial sentido entre los hombres de todas las latitudes. Esta ceguera intelectual suele repetirse con frecuencia en nuestros medios cultos y universidades. Es comprensible tal actitud en un hombre de esos tiempos pero no corresponde al sino del presente, argumenta Molina en son de llamado de atención, "cuando ha habido en nuestros días decanos jóvenes para quienes la filosofía y la psicología no son más que divagaciones inútiles. ¡Limitaciones y exclusivismo de la mente humana!". [16]

¡Interesante reflexión la de Molina! Por una parte, hace luz en un problema que necesitábamos aclarar y es saber con seguridad su relación con el positivismo en esos años. Queda rubricado en sus propias palabras que en 1907 había evolucionado de esta doctrina hacia el meliorismo de Ward y el pragmatismo de James, ¿hasta dónde es efectivo este paso? Lo veremos enseguida cuando analicemos el estudio que dedica a ambos autores. El positivismo puramente comtiano no satisface todas las exigencias y esperanzas que en él se habían cifrado y es menester buscar nuevos supuestos para el candente mundo de acontecimientos en que vive.

La segunda cuestión que emana de su reflexión concierne al ataque a que la filosofía era sometida por algunos connotados universitarios en sus cargos de decanos. Suponemos que éstos se encontraban entre las filas de los científicos pertenecientes presumiblemente a la Universidad de Concepción y/o tal vez a la Universidad de Chile. Cuando se desconoce el verdadero valor que tiene el estudio de la filosofía en el hombre como ser individual y en el desarrollo de la cultura como fenómeno social e históricos suelen aparecer ciertos detractores que le declaran la guerra pretendiendo en su contra su calidad de "inútiles divagaciones" que a nada conducen. Tal vez esto explica el por qué los estudios sistemáticos de filosofía en la Universidad de Concepción sólo se hayan iniciado en 1957 en circunstancia que Molina en declaraciones y discursos habla de éstos desde la fundación de la Universidad de Concepción en 1919.

De 1906 es un pequeño opúsculo titulado "La misión del profesor y la enseñanza de la historia" incorporado más tarde al volumen de "Filosofía Americana", y que sin lugar a dudas resume sus ideas expuestas en los cursos de perfeccionamiento de 1905 en Santiago y del cual hemos hablado más arriba.

En 1907 publica un significativo opúsculo titulado "Ciencia y Tradicionalismo" en el que resume, como conclusión de una visión mucho más general del problema, las diferencias y discrepancias entre ambas posiciones después de haberlas analizado detenidamente en momentos bien circunstanciales en su estancia de Chillán y la cruzada que en esos momentos sostenía en Talca junto a sus noveles colaboradores. Fue publicado en los Anales de la Universidad de Chile, tomo CXXXI, julio-diciembre de 1907, pág. 187 - 210 y puede ser considerado como pieza

[16] Op. cit.

fundamental en su búsqueda de una nueva filosofía que reemplace al positivismo.

Desde el punto de vista estrictamente filosófico el tema de este ensayo es el naturalismo. Recordemos que Molina tiene sus ojos puesto en Norteamérica en este tiempo y no podía dejar de reconocer lo que allí estaba sucediendo en el campo de las ideas. Es la época en que se están produciendo significativos cambios en la filosofía norteamericana. El pragmatismo y el realismo habían constituído en ese país una abierta reacción en contra de las diferentes formas de la filosofía idealista, especialmente la de Royce. Surge de este modo toda una inspiración naturalista, con raíces históricas mucho más complejas y anteriores, pero que coincide con el pragmatismo y el realismo ante el idealismo absoluto en el campo de la moral, epistemológico y metafísico, principalmente.

Pero también el naturalismo se expresa como una reacción contra la tradición materialista y el propio concepto de ciencia que a tan altas alturas había llegado con el positivismo comienza a ocupar su verdadero centro en un peregrinaje que alcanzará sólo en nuestro siglo.

Como en todas las corrientes filosóficas que surgen o se renuevan, hay cifradas esperanzas para encontrar en ellas la solución de cruciales problemas. En su típico método analítico Molina arremete contra el naturalismo tomando como punto de referencia o de motivación el estudio de la filosofía que se efectúa en las Humanidades, estudios que en ese entonces sólo estaban circunscritos a la Lógica y cuyos métodos de enseñanza y hasta sus fines rechaza abiertamente, a pesar de reconocer su tremenda importancia en la obtención de una unidad y solidez del saber y de propender a desarrollar la independencia y criterio de los estudiantes.

Reconoce en el naturalismo los principios de causalidad, transformación o correlación de fuerzas y el de determinismo lo que en conjunto hace que esta filosofía tenga su fundamento en todas las ciencias y se manifieste en la psicología, la lógica, la física y la vida social. La fuente de nuestro autor en estos pensamientos es André Cresson. [17]

El determinismo es reconocido por Molina en tanto está fundado en la causalidad. Niega la posibilidad de una causa no natural, aún cuando no explica por qué, la "ley de causalidad convertida en sistema de explicaciones de la naturaleza y en sistema de previsión de los acontecimientos en cuanto pensamos que idénticas causas producen siempre idénticos efectos, y que, dado un hecho, podemos, razonando según la semejanza que tenga con otros hechos ya verificados, inferir cuáles han de ser sus consecuencias, es decir, la doctrina según la cual los fenómenos son determinados y previstos por sus antecedentes, se llama Determinismo". [18] Reconoce frente a los detractores de esta tesis el postulado de la uniformidad esencial de la naturaleza con el cual concuerda plenamente. Las experiencias que en el terreno de las ciencias se verifican apuntan a

[17] "La Malaise de la pensé philosophique", Paris, 1905.
[18] "Ciencia y Tradicionalismo", pág. 194 y ss. Anales de la U. de Chile, Tomo CXXXI, 1907.

confirmarlo, reafirma el postulado central de esta filosofía. Tal vez el aspecto más difícil de demostrar sea la concomitancia existente entre lo físico y lo psíquico, pero en abono de una respuesta recoge el pensamiento de Harold Hoffding,[19] filósofo de Cophenhaue, de tendencia positivista que había realizado una crítica de las ciencias inspirado en el criticismo, para quien lo psíquico y lo físico son sólo dos aspectos diferentes de una misma substancia, según su teoría de "identidad" o teoría monista que había desarrollado. Apunta Molina que idéntica tesis sostiene Lester F. Ward, autor de su preferencia.

En su trabajo da a conocer enseguida las dos escuelas principales que impugnan el determinismo, a saber: el monismo criticismo, representada por Secretan y Renouvier, este último considerado como el principal representante del neocriticismo en Francia en reacción al romanticismo y gran seguidor de Augusto Comte, y el Tradicionalismo, por Fernando Brunetierre, inspirado en José de Miastre y Pascal, y quien había pronosticado una bancarrota total de las ciencias de la época al intentar éstas responder a todos los problemas existentes.

El enfoque del naturalismo que le da en este ensayo ponen de manifiesto un problema teórico que ya en Chillán a través de sus cuentos y artículos había comenzado a elucubrar y que será motivo más tarde de otros ensayos particulares; nos referimos al conflicto entre determinismo y libre arbitrio.

En un primer intento señala que el determinismo —según los principios naturalistas— aplica la ley de causalidad a la voluntad, los actos que conforman a éste tienen sus causas, los motivos; éstos son extraños a nosotros y están en nuestro yo, por ello, "nuestro yo real es nuestro motivo fundamental"[20], pero el determinismo rechaza de que él nos haga esclavos de fuerzas extrañas a nosotros. si se quiere buscar en el dominio sicológico algo que no estuviera sometido a la ley de causalidad, sería menester buscarlo en las representaciones inconexas, como las del idiota, pero en este mundo sólo reina la esclavitud y no la libertad".

Apelando a los trabajos de Wilhelm Wundt es posible llegar a una conciliación entre determinismo y libertad a través de la ley psíquica llamada "heterogeneidad de los fines", según la cual los actos morales son determinados por motivos, pero no están estos predeterminados "in eterno", porque existe la posibilidad de la formación de nuevos motivos que a su vez determinen los actos futuros. Por eso rechaza la identificación entre determinismo y fatalismo con que con superficialidad suelen entenderse.

La importancia que da Molina al positivismo es su aplicación en el terreno de la educación, terreno que le es familiar y muy caro. Podemos afirmar por tanto que el centro de gravedad de su posición filosófica va resueltamente hacia un neonaturalismo después de haber pasado por el

[19] "Esquisse d'une Psychologie fondée su l'expérience. Paris, 1903.
[20] "Ciencia y tradicionalismo", pág. 200.

meliorismo y pragmatismo. Por su parte el naturalismo calza muy bien con sus ideas renovadoras afincadas en las ciencias cuya acción se resuelve en la experiencia, base de las verdades científicas. El mismo Molina se dice que en esta búsqueda la vida intelectual consiste en rastrear nuevas verdades e ir rectificando las antiguas, no valen en este proceso los juicios de autoridad ni la admiración que nos pueda brindar el éxito de un momento porque el proceso renovador es permanente. En razón de este proceso es cuando se exponen a controversia el tradicionalismo y la ciencia (título del ensayo).

El progreso que exige el espíritu humano las enmarca en continua controversia: lo que es nuevo ahora será tradicional en el futuro. Es curioso que finalizando Molina la exposición de sus ideas, rechaza la posición de Cresson para quien existe el optimismo de que la Humanidad llegue algún día a practicar la uniformidad en sus distintas relaciones. Esta visión futurista, dirá Molina, pertenece a la ética de las abejas y hormigas, pero no a la del hombre; son precisamente "estos desacuerdos entre los hombres los que mueven al progreso y en ello no hay peligros, sino ventajas." Pero esto no significa, apunta enseguida, caer en el otro extremo de desatender todo lo que sea tradicionalismo. Ninguna doctrina puede pretender producir un cambio brusco. Las ideas, los hábitos, las costumbres, poseen tal fuerza que su modificación siempre será gradual y lenta. Si la ciencia ha destruído muchas ilusiones que antaño tenía la Humanidad, no es menos cierto, agrega, que le ha dado certidumbres, a tal punto, que los hombres viven hoy en condiciones mejores que, las del pasado.

Este mismo tema lo volverá a retomar en 1913.

2.— *PRIMER VIAJE A EUROPA. (En busca de nuevos horizontes espirituales).*

Durante ese período y en virtud de su participación activa en las cuestiones filosóficas y pedagógicas, era reconocido, según dijimos, como el más prestigioso pedagogo de su generación. Tenía entera fe en las fuerzas que poseía la educación como herramienta de progreso. Mientras, su inseparable amigo Venegas pensaba que la salvación de los males sociales de Chile podía obtenerse a través del Presidente de la República en su calidad de ser el más alto representante del Gobierno de la Patria y le dirige cartas (Cartas a Manuel Montt y Sinceridad) documentos que en definitiva constituyen su ruina y perdición como profesional docente, al ser exonerado de su cargo de profesor del Liceo de Talca.

En esos tumultosos días, Enrique Molina es comisionado por el Gobierno de Chile para efectuar estudios de pedagogía y enseñanza de la historia, sobre todo en Francia y Alemania. Desde hacía años bullía en la cabeza de todos estos jóvenes intelectuales la perspectiva de conocer Europa: tanto habían hablado de ella por sus obras y sus hombres que los tenía deslumbrados la idea de visitar el prodigioso continente y admirar

sus maravillas, sus ciudades, monumentos, sus hombres superiores, sus universidades y colegios, sus museos. En estos recuerdos Molina se preguntaba: "¿Nos iba a entregar la cultura europea soluciones definitivas? ¿Nos iba a entregar la llave del secreto de la vida? Estas preguntas no contestadas eran como esperanzas subyacente en el fondo de nuestro ser, como la vaga luz que detrás de la montaña anuncia en el alba la plenitud del día que se espera". [21]

Enrique Molina, como muy bien lo indica Armando Bazán, es uno de los primeros hombres de estudio americanos que en vez de entrar a Europa por las puertas latinas, es decir por las costas de Italia, España o Francia, entra por tierras nórdicas de Alemania, por el Elba y los grandes muelles de Hamburgo que desde fines del siglo pasado constituía uno de los principales puertos de Europa continental. Inicia con este gesto una tradición que inconscientemente han ido siguiendo muchos intelectuales chilenos, especialmente del sur del país y de preferencia de la Universidad de Concepción.

En esta misión de estudio conocerá al detalle muchas ciudades y regiones de Alemania mejor que los mismos connaturales. La ameneidad con que pinta las distintas experiencias y paisajes que pasan por su lupa ocular es digna de ser tenida en cuenta para tener una visión de la Alemania de Bismarck y Guillermo II. Hamburgo, Berlín, Nuremberg, Leipzig, Dresden, Munich, Fulda, Colonia, dejan en él su huella. En Berlín, entra en contacto con los profesores Jorge Simmel, de filosofía; Guillermo Münch, de pedagogía y Carlos Stumpf, de psicología, siendo el primero de ellos el de mayor renombre. A Simmel ya le conocía desde Chile por sus libros "Einleitung in die Moralwissenschaft" (Introducción a la ciencia de la Moral) y "Sociologie". Le impresiona a Molina el hecho de que en sus clases los estudiantes le recibían con aplausos. En su cátedra —dice Molina— "se mostraba muy sutil, presentando cuidadosamente el pro y el contra de las cuestiones, por lo que dejaba la impresión de una mentalidad algo sofística . . ." "era un hombre docto, profundamente ilustrado, puro y buen escritor". [22] Le dice a Molina que sus ideas definitivas las había expuesto en su pequeño libro "Hanptprobleme der Philosophie" (Problemas capitales de la filosofía) en que trata del ser de la Filosofía, del ser y del Devenir, del Sujeto y el Objeto y de las exigencias ideales. En esas conversaciones se demuestra como gran admirador de Bergson, personaje que por vez primera aparece en la escena del pensamiento de Molina. En su concepto, Bergson era el primer filósofo de esa época, opinión que tomó de sorpresa a Molina en cuanto a que un alemán pudiere dar tan alta opinión de un filósofo francés. La respuesta la obtuvo más tarde cuando supo que ambos eran judíos.

La conclusión de esta anécdota es importante: gracias al aliciente del profesor Simmel, Enrique Molina iniciará los estudios en profundidad

[21] "Lo que ha sido el vivir", pág. 120.
[22] Op. cit., pág. 123.

de la filosofía Bergsoniana que tanta importancia tendrá en los años siguientes. Confiesa, que antes de viajar a Europa había intentado leer "La Evolución Creadora", de Bergson, pero no había sacado nada en limpio en sus primeras páginas por lo que la abandonó. Movido por la opinión de Simmel, una vez vuelto a Chile, se dedica decididamente a estudiarlo. [23]

En Leipsig conoce a Carlos Lamfrecht, autor de la monumental "Deustsche Geschichte" (Historia Alemana), a la sazón Director del Instituto de Historia Universal de la Universidad, y al gran filósofo Guillermo Wundt de reconocido renombre. Asistió a sus clases sobre historia de la filosofía. También era tenido en gran estima y admiración por sus estudiantes. Siendo Wundt Director del Instituto de Psicología Experimental de la Universidad, conoce Molina el laboratorio donde trabajaba decepcionándole las menudencias que lo componían.

De su residencia en Alemania son también sus lecturas y estudios de las teorías de Federico Paulsen y Guillermo Mench, prestigiosos pedagogos que reclamaban amplias libertades para el maestro, considerando pernicioso para la enseñanza el hecho de que el burocratismo los oprima con programas, reglamentos y órdenes de minuciosidad tan inútiles como abrumadoras.

También estudia al austríaco Anton Menger.

Como la "realización de un sueño" pasa más adelante a París, que lo deslumbra con su doble atracción, la de las frivolidades de la vida fácil y licenciosa y aquella que es meta y estrella polar de artistas, poetas, escritores y hombres de estudio. De esta fecha es cuando se inicia su amistad con dos maestros chilenos, Pedro Aguirre Cerda (que desempeñaría más tarde la más alta magistratura del país) y Luis Puga.

Junto al enorme caudal cultural que le ofrece la rica vida intelectual de París, escucha en el Colegio de Francia las conferencias de Bergson impresionándole grandemente por el contenido de sus exposiciones como también por la cantidad de público expectante que le acompañaba. En la Escuela Normal Superior conoció y charló con el eminente sociólogo Emilio Durkheim en el período en que éste, junto a Gabriel Tarde, constituía el más afamado representante de la sociología francesa.

Su peregrinaje le lleva enseguida a Italia. La tradición secular de Roma y la delicada majestuosidad renacentista de Florencia y Venecia logran impactarle más que a cualquier chileno de la época. Su condición de historiador y filósofo le hacen comprender mejor el significado de monumentos y vestigios del pasado que se ofrecen al visitante como mudo exponente de pueblos y culturas idas. Profundas reflexiones ha tenido el maestro chileno en tales circunstancias de las que son pálido reflejo las observaciones y rememoranzas que hace en artículos y libros que verán la luz años más tarde.

[23] Op. cit., pág. 124.

Mientras, la situación del Liceo de Talca en ausencia de su Rector, se había vuelto insostenible. Las publicaciones de Alejandro Venegas (Sinceridad y Cartas a Manuel Montt), habían levantado tal polvoreda que le impidieron reemplazar a Molina en calidad de Rector Suplente. El cargo lo ocupó don Enrique Sepúlveda, profesor de Francés del Liceo de Chillán y amigo de Molina desde su estadía en esa. Desgraciadamente, falto el Liceo de la mano firme, vigorosa y responsable de Molina, el rectorado del suplente fue azaroso en grando sumo; el Liceo perdió su tranquilidad tan duramente alcanzada y sobrevinieron horas tormentosas lo que se tomó como pretexto para pedir a Molina que regresase al país inmediatamente, en circunstancias que se le había prometido prorrogar esta comisión.

3.— *LA POLEMICA ENTRE E. MOLINA Y FRANCISCO ENCINA.*

El doctor Carlos Fernández Peña le envió, antes de partir de regreso a Chile, un ejemplar de un libro que originaría casi inmediatamente después de su llegada una encendida polémica nacional: La obra se llamaba "Nuestra Inferioridad Económica" que había escrito don Francisco Antonio Encina. Según los comentarios que alcanzó a recibir Molina desde Chile, este libro "significaba el non-plus-ultra en materias educacionales y contenía la clave de la solución de nuestros problemas de orden económico y de cultura". [24] Sin embargo, en la larga travesía, estudiando detenidamente las ideas que allí se exponían, Molina repara que éste, además de estar escrito con talento y entusiasmo por resolver los problemas cruciales de Chile, es además unilateral y le falta ecuanimidad e integridad para enfocar los problemas a los cuales va dirigido. No se traga tan fácilmente nuestro autor la tesis de Encina de achacar la inferioridad económica chilena exclusivamente a los errados rumbos del liceo y a las fallas de nuestra enseñanza secundaria. Las notas que acerca del libro mencionado había realizado en la travesía hacia Chile fueron el módulo de la que partieron tres conferencias que dicta en la Universidad de Chile en septiembre de 1912 en defensa del Liceo y que fueron publicadas por la Imprenta Universitaria ese mismo año con el título de "La Cultura y la Educación General".

Dirigía ese año la Federación de Estudiantes el joven y talentoso Pedro León Loyola —de muy reconocida trayectoria en la vida cultural de nuestro país especialmente en el campo de la filosofía. Se va a enhebrar a partir de entonces una fructífera amistad entre ambos. Loyola y un grueso contingente de estudiantes reciben en forma triunfal a Molina a su llegada a Santiago desde Europa que lo desconcierta, pero cuyo origen estaba en el respaldo que los jóvenes daban a éste a raíz de las dificultades que tenía el Liceo de Talca en su ausencia.

[24] Op. cit., pág. 135.

En la primera de estas conferencias Molina impugna aseveraciones y expone las propias. El contenido de ambas es importante en tanto representa el resultado de las nuevas experiencias recogidas por éste en Europa, es decir, confluyen en ellas la formación y desarrollo de toda una visión que se inicia con sus estudios universitarios continuando con su vida profesional y el eventual cambio que supone lo aprendido y meditado en su viaje por el Viejo Mundo.

La obra de Encina tiene todas las características de "una psicología y filosofía sociales" [25]. Sicología social porque analiza la influencia europea en nosotros, y filosofía, porque hay en ella un conjunto de conceptos que abarcan la vida social como es el caso de: individualismo, tradicionalismo, nacionalismo y anti-intelectualismo. El fondo de la primera conferencia entonces radica, en lo esencial, en analizar los dos primeros conceptos, pero de preferencia el que ya le conocíamos en su ensayo de 1907, el tradicionalismo.

No se extiende mucho sobre el individualismo porque considera que todas las corrientes contemporáneas lo habían superado, especialmente en economía. El individualismo radical que había sido preconizado por Inglaterra había sido desahuciado por la misma nación que lo acuñó. Molina ya se había demostrado contrario a un individualismo radical en su ensayo de 1907 "La ciencia y el tradicionalismo", cuando enjuiciándole explica que éste no basta para una vida social plena porque conduce sólo a intereses personales. Debe entonces ser complementado con ideales de reforma social, políticos, estéticos, etc., que permiten armonizar justamente la oposición existente entre lo social y lo individual.

Define a la tradición como "el conjunto de ideas, de creencias y usos sociales, morales, religiosos, intelectuales, artísticos que se comunican, de generación en generación por imitación" [26]. Había opuesto en 1907 la tradición al progreso que resultaba de las ciencias en su constante movimiento ascendente y sostenía la conveniencia de que hasta las instituciones debían ir adecuando sus principios a fin de que éstos no ofrecieran un contraste con la ciencia. El no darse cuenta de este dilema —decía Molina— con el tiempo y los progresos del espíritu humano estarán condenados a ser nada, pues poco a poco se irán disolviendo en un sentido inverso al resultado de las ciencias. Las fuerzas de la tradición y sus instituciones —sigue— si en principio fueron morales, con poder expansivo y favorecedores, se van volviendo opresores, cohibidoras e inmorales, útiles a una generación pero en crisis con las que le siguen.

En 1912 sostiene que los principios que explican la tradición son hasta cierto punto indemostrables desde el punto de vista intelectual. La tradición se arraiga en el seno de la vida social por medio de la imitación. Algunas veces se convierte en algo respetable como en el arte, en el culto a grandes personalidades, monumentos y lugares históricos, etc., porque

[25] "La Cultura y la Educación General". Imprenta Universitaria, Santiago 1912, pág. 23.
[26] Op. cit., pág. 22.

éstos ennoblecen la vida, constituyen un bien para la cultura. Esta tradición —afirma— es la que es necesario conservar. Este punto de vista es nuevo y no había sido indicado en 1907. Molina entonces distingue, en su nueva posición frente al problema, dos tipos de tradición, la positiva (lo que recién se ha sintetizado) y la negativa. Esta última está compuesta de elementos que tienen que ver con las concepciones del mundo y de la vida y aquellas que enuncian una ética determinada dando normas para reducir la conducta humana. Nuevamente opone a estas tradiciones su concepción del progreso de las ciencias. La vida del espíritu es constante movimiento que obliga a buscar nuevas formas para abandonar las que no le satisfagan o que considera erróneas. De allí surge la necesidad de innovar las tradiciones antiguas, de colocar en ejercicio nuevas ideas allí donde moraban las erróneas, como una manifestación de la vida misma del espíritu que en su dignidad y fuerza creadora siempre está reclamando.

Ya no es exclusivamente la ciencia la que se contrapone a la tradición como quería en 1907 en aras del naturalismo, sino el espíritu que es mucho más amplio en función de la razón que en él mora. No parece darse cuenta Molina de lo complejo que resulta asociar a una tradición negativa las concepciones del mundo y de la vida que en el fondo no son más que la expresión de lo que en occidente llamamos sistemas filosóficos. Si bien es cierto que una concepción filosófica puede alterarse e incluso reemplazarse por la acción de determinados alcances obtenidos por la ciencia y aún por este progreso insaciable que le atribuye al espíritu, no significa sin embargo que esta concepción quede relegada al arcón de los trastos viejos como algo totalmente inservible. La historia ha demostrado con demasiada frecuencia que filosofías dejadas de lado como obsoletas o antiguas renacen de improviso con fuerzas avasalladoras.

Encina se había levantado como el gran defensor de la tradición sin especificarla afirmando que "los pueblos que se apartan de la tradición se suicidan". Molina reclama en el fondo ¿de cuál tradición habla Encina? En abono de su tesis trae a colación sus experiencias: Simmel y Wundt en Alemania le habían hecho ver las enormes posibilidades que se le presentaban en Chile para desarrollar un pensamiento nuevo en una nación joven. Desgraciadamente ellos habían sido aprisionados por las viejas tradiciones que sobrevenían desde pretéritos siglos. El gran auge que estaban experimentando Japón e Italia se debía principalmente a su lucha contra la tradición, ejemplo que encontramos muy dudoso, especialmente de Japón que es considerado un país tremendamente amante de las tradiciones en las que basa su esencial identidad. Marruecos, en cambio, se había hundido como país precisamente por defender las tradiciones. Chile mismo en sus guerras de independencia enarboló una lucha hacia la democracia oponiéndose a la tradición colonial en sus expresiones como la esclavitud, los mayorazgos, etc.

La segunda conferencia está dedicada al nacionalismo y al anti intelectualismo. De partida se observa el sentido restringido que Molina da al

concepto de nacionalismo. Este se refiere a la "nacionalización de la industria y el comercio, al fomento de la marina mercante nacional, a la incorporación en el alma de la patria de algunos territorios aún no definitivamente anexados, a dar a la instrucción carácter nacional en las partes en que aún no lo tenga y en que sea posible que lo reciba . . . " [27]. Se confunden en lo transcrito las *acciones* de un nacionalismo con el nacionalismo mismo. Encina había planteado la necesidad de una "idea de nacionalidad" como elemento previo y guiador de acciones a emprender en el comercio y la industria. En contradicción con esta idea Molina maneja la clásica oposición individualismo-sociedad. Considera un absurdo hacer descansar la nacionalización de la industria y el comercio en la pretendida "idea de nacionalidad". Para que exista el comercio es menester el individualismo —el mismo que había negado en 1907 y en su primera conferencia. No se puede sacrificar al hombre de negocios en pro de la sociedad; precisamente el progreso que ésta puede alcanzar se deberá al empeño y empresa que coloque el hombre individualista. El afán de lucro que éste tenga y las iniciativas que despliegue se traducen en un bien para la sociedad y en un bien nacional. A través de un ejemplo, indica que los ingleses de Concepción, los alemanes de Valdivia y los austríacos de Punta Arenas, no triunfaron porque poseían un "espíritu de nacionalidad" más fuerte que el de los chilenos, sino gracias a virtudes propias que se pueden considerar como pertenecientes a cualquier nacionalidad, como el sentido del deber, la disciplina, el amor al dinero unido a un concepto serio de la vida, etc., cualidades que no son propiamente muestras de nacionalismos.

No es exacto que siempre revista un peligro para el país la penetración de ideas, tendencias u organizaciones extranjeras, como afirmaba Encina. Molina sostiene que la historia está llena de acciones y reacciones favorables que ejercen los pueblos unos sobre otros; así se beneficiaron las culturas europeas de la imprenta, la brújula, la pólvora, el papel, inventos que trastrocaron el mundo occidental. Asimismo, los europeos le enseñaron a los orientales las industrias, su sistema de gobierno representativo y su organización militar. "Desde las artes manuales hasta las ciencias, la filosofía y las letras, los pueblos son maestros y discípulos, que dan y reciben lecciones en común refriega" [28]. En estos intercambios ni los hombres, ni los pueblos ni las obras han perdido su carácter nacional.

Ejemplarizando sobre Chile en abono de su idea Molina indica: "Nadie dudará del carácter eminentemente nacional de nuestro ejército, y sin embargo, ha recibido la más poderosa influencia alemana en todos los detalles de su organización. Se puede decir que, en este aspecto, el alma chilena ha nacionalizado al germanismo" [29]. Lo mismo puede aplicarse a la acción ejercida en Chile por un Andrés Bello, por Mora y tantos sabios que han

[27] Op. cit., pág. 40.
[28] Op. cit., pág. 44.
[29] Op. cit., pág. 45.

venido a enseñar. El hecho de habernos constituido en nación independiente se debe a la acción de la revolución norteamericana, de la revolución francesa y de la monarquía napoleónica.

El intercambio contemporáneo con las demás naciones nos obliga, sobre todo en el terreno de las letras, las artes, de las ciencias y estudios sociales a vivir en comunidad con ellas. Sin embargo, esta relación internacional no tiene por qué ni debe atentar nuestra autonomía, personalidad o nuestra neta idiosincracia nacional. Por el contrario, significa robustecer estos valores y en todo caso a que seamos tratados internacionalmente de igual a igual.

Chile tiene el privilegio de que en su suelo no existan rivalidades de razas, de pueblos o regiones esclavas o de tierras que gimen bajo el yugo extranjero. De ahí que el nacionalismo no tiene entre nosotros esta misión que en otras partes es vital. Como norma de conducta, su papel ha de consistir en una acentuación del civismo y del espíritu público" [30]. La fuerza de cohesión que algunos extranjeros vieron en Chile durante ese tiempo (el norteamericano Pablo de Reintsch, en 1908, por ejemplo) revela —dice Molina—, que poseemos un fuerte espíritu nacional que, a pesar del carácter de isla con que está configurado nuestro territorio, tiende a absorber y asimilar a los extranjeros que aquí se radican.

Defendiendo el punto central de la polémica de que la enseñanza del Liceo atenta contra el nacionalismo de Chile, Molina reflexiona sobre el particular argumentando que ésta no es "servilmente alemana, ni francesa, ni norteamericana". Posee rasgos que son auténticamente nacionales a pesar de la influencia que ha recibido del extranjero. Los detalles son variados e incluyen los contenidos, actitudes, valores, etc. chilenos, no es posible empero —sigue Molina en un claro uso del argumento de reducción al absurdo— nacionalizar las matemáticas, la física, la química, las ciencias físicas matemáticas y naturales en general.

Pasa enseguida a tomar posición en un concepto que Encina había a su vez atacado: "el humanitarismo" (Sic). Este lo había concebido como un vago ideal de solidaridad universal. Molina replica que el concepto de solidaridad no puede admitirse como algo vago, puesto que es el único que puede dar sentido completo al amor patrio. Cuando hablamos del humanismo, o de los estudios humanos, nadie puede dejar de pensar que ese culto a la humanidad se expresa en su forma más primordial, esencial, en la solidaridad nacional, en la patria, "entidad esta última que se impone en nuestros días como objeto de amor sagrado e indiscutible". No hay por lo tanto en el humanismo un enemigo oculto hacia el espíritu de nacionalidad. Tampoco puede haber conflicto en el profesor que enseña el amor a la humanidad a sus discípulos, puesto que la personificación de ésta se da en la patria y más objetivamente en la Nación. El conflicto es otro: se da cuando se contraponen los intereses de la patria y los intereses y ambiciones del individuo. La enseñanza que es necesario inculcar

[30] Op. cit., pág. 47.

debe ser en este caso la de motivar para huir de ser "un egoísta ramplón y vulgar" o convertirse en un ciudadano interesado en el bien general. El humanismo, por último, no puede contraponerse al espíritu de nacionalidad. El enemigo de ésta —concluye— es el individualismo epicúreo y sin ideales —que vicia todos los anhelos colectivos, interesados en ellos mismos y sus particulares goces y fortunas que desgarran como pueden a la patria. El humanista —a quien acusa Encina— siempre ha sufrido en la vorágine del mundo creado por la moral de estos individualistas epicúreos. Han sufrido y han soñado, pero nunca se han sentido vencidos. "Sin desconfiar del porvenir de la patria le han tributado un amor constante y movidos por este amor y por una concepción justa e integral de la existencia se han consagrado a un modesto magisterio" sirviendo tal vez en mejor forma los intereses nacionales.

¡Halagadoras palabras las de Molina que bien merecen repensarse en el presente!

La segunda crítica que Molina trata de deshacer es lo que el autor de "Nuestra inferioridad económica" llama "anacronismo de la enseñanza científica" o más sutilmente el "anti-intelectualismo (o anticiencismo) de la educación. Encina cree ver en el culto a la ciencia que se le inculca al joven un rasgo de sobrevaloración que se crea en éste frente a quien no la tiene. Este argumento según Molina es tan deplorable que casi no es necesario disputar. El hecho de criticar la formación científica por creer que sus contenidos son anacrónicos es otro argumento débil. En lo esencial, la instrucción científica que reciben los alumnos del liceo chileno, es igual a la que se da en los países adelantados. Y lo dice Molina con conocimiento de causa. Esto no obta, sin embargo, que haya que mejorar la enseñanza en todos los sentidos y Molina sí que está de acuerdo en ello.

Pero el asunto es más hondo que esta mera crítica. Encina se ha demostrado como exponente de una corriente muy en boga en los comienzos del siglo que Molina incluso logra distinguir en su análisis: Es el anti-intelectualismo. Las ramificaciones se expresan en el moralismo de Secretan, el tradicionalismo de Brunetierre, el voluntarismo de Payot, la sofística de Nietzche —cito a Molina— el pragmatismo de James y el intuicionismo de Bergson, curiosamente, todos los autores que el propio Molina ha ido analizando y haciendo suyo desde algún punto de vista. En esta enumeración se observa una curiosa toma de posición de éste con respecto a estos filósofos. Circunscribe a Encina con el epíteto de *voluntarista,* y aún, como un pragmatista.

Los anti-intelectualistas y enemigos de la ciencia, apunta desaprensivamente nuestro autor, han desconocido un aspecto fundamental de la naturaleza humana que corresponde a la inteligencia, que obliga a los hombres a satisfacer el ansia de cultura que cada época pone a su servicio. La ciencia cumple la misión de entregar al hombre instrumentos con los cuales puede representarse una interpretación adecuada de los fenómenos que componen la realidad. No es que la ciencia sea infalible ni reemplace a la divinidad.

Por el contrario, son aproximaciones relativas para explicar fenómenos y las leyes a las que aspira nunca son absolutas. El propio concepto de "uniformidad de la naturaleza" que antes habíamos visto que Molina defendía a raíz de su análisis del naturalismo es puesto ahora en jaque siguiendo la opinión de Mr. Stanley Jevon. Las críticas que se le hacen a la ciencia, precisamente, demuestran su condición consciente de imperfectas, opuestas a todo absolutismo.

Cuando se reprocha que la educación científica debe ser práctica, se olvida que no toda la ciencia puede adscribirse a esta modalidad. Existe toda un área teórica de la ciencia que no se puede manejar sino en base a puras representaciones abstractas. Querer o desear que éstas se manejen como objetos prácticos es sencillamente pedir un absurdo. El utilitarismo no puede reconocer ni apreciar —dice Molina— la función puramente cognoscitiva de nuestra vida espiritual —el saber puro— como le llamaríamos nosotros. En esta perspectiva utilitaria este saber tiene que presentarse obviamente como una divagación ociosa.

Molina acentúa en su escrito que la defensa que él hace de la educación científica no significa desconocer el importante papel que tienen otras disciplinas o actividades para llenar el alma humana en su formación. Es el caso, por ejemplo, del arte y la moral. La educación científica es la mejor arma "para la formación del criterio", sea para la actividad práctica y utilitaria como también para dar "ideas más ciertas sobre el mundo y la vida". [31]

La *Tercera Conferencia* está dedicada exclusivamente al terreno pedagógico. Analiza tres temas: la educación moral, la tendencia utilitaria y los fines de la educación general.

El cargo más fuerte que Encina hizo a la educación chilena fue afirmar que ésta no educaba moralmente. Y detalla estos defectos: No comunica vocación por el trabajo manual, no crea hábitos de disciplinas; deja un vacío moral; atrofia el desarrollo de la voluntad; aleja los ideales que conducen a la actividad económica y prescinde del carácter. Estos temas y la correspondiente fundamentación crítica pueden incluirse perfectamente en lo que podríamos llamar una "filosofía de la Educación".

Molina pone de relieve de inmediato la perspectiva con que su antagonista mira a la moral. La concepción que sobre este aspecto tiene Encina se mueve sólo en lo económico y por ello tiende a ver las virtudes morales del pueblo chileno únicamente en función restringida del hombre de negocios, como si la multiplicación de éste fuera la salvación de la moral y la sociedad. Siendo lo económico importante, en tanto pone lo indispensable para el sustento de la vida, la vida misma del hombre ocupa, sin embargo, una extensión espiritual mucho más amplia.

Encina aboga por crear en el joven educando una ambición intensa e ilimitada. Sabemos que ésta puede tener dos direcciones, sea cuando se dirige a aspectos positivos, sea cuando priman en ella intereses bastardos

[31] Op. cit., pág. 75.

que la descalifican como herramienta moral. Los dos aspectos son vistos por Molina en su réplica. Duda que la ambición ilimitada por hacer dinero pueda constituir un bien moral digno de enseñarse porque constituye "una monstruosidad ética", contraria a la idea de cooperación y que rompe los lazos sociales. Se opone a la idea del deber, el equilibrio de la vida y el cuidado y desarrollo de la personalidad. Un hombre formado en este marco es un amoral en tanto está inspirado en un individualismo extremo.

Donde Molina reclama airadamente es cuando su antagonista critica a la cultura porque carece de una finalidad ética. ¿Puede llegar a tal grado la ceguera en cuanto a desconocer que las ciencias, las letras y las artes estén efectivamente imbuidas de un valor moral? El amor a la verdad de las ciencias ¿qué es entonces? ¿No ennoblecen el alma libros como los Evangelios, la Ilíada, los pensamientos de Marco Aurelio, las vidas que nos presenta Plutarco y tantísimos otros libros análogos? ¿Y la poesía, la historia, etc.?, ¿qué enseñan entonces aparte de su conocimiento teórico? Por el contrario, muchas generaciones han puesto su confianza en la cultura espiritual para cultivar la moralidad. En Chile, esta misma cultura espiritual —dice Molina— sirve para desarrollar las siguientes virtudes morales: para estimular más el trabajo que el éxito fácil; para provocar la iniciativa antes que la mera repetición; para dar ejemplo; para comunicar hábitos deseables como el deber, la constancia, el orden. Todas estas acciones las tienen presentes los educadores que entregan esta cultura.

La conclusión a que llega Molina después de su análisis es que no es justo señalar al Liceo como culpable de la supuesta crisis de moralidad. Existen en concomitancia factores mucho más decidores y que Encina ni siquiera nombra en su exposición.

Pasa a continuación a conocer la tesis que sustenta Encina de transformar la educación hacia un claro fin utilitario. En realidad este fin buscado no deja de presentar ventajas —lo reconoce— pero siempre y cuando se efectúe dentro de un marco adecuado y con clara percepción de lo que se desea alcanzar. Una tendencia utilitaria para la educación chilena implica tomar en cuenta una serie de factores que la diferencien en zonas, áreas de desarrollo, capacidades, disponibilidades presupuestarias, etc .Querer, sin embargo, transformar la educación a este fin en forma exclusiva, es extinguir la cultura nacional. Pretender el florecimiento industrial y comercial del país sin cultura espiritual no es posible: el remedio saldría peor que la enfermedad.

El último punto que se expone en esta tercera conferencia se refiere a los conceptos fundamentales que informan la enseñanza secundaria del país. Después de exponer los sistemas similares existentes a la fecha en Alemania, en Francia y Estados Unidos su interés se concita a explayarse en las bondades que ofrece la educación general frente a una concepción utilitarista de la misma, haciendo resaltar algunos ejemplos significativos en apoyo de su idea. Así, señala que en Francia el estudio del latín es

absolutamente necesario para el mantenimiento de la cultura de ese país la que se considera una especie de gloria nacional, tanto que los defensores de las humanidades clásicas, a la cabeza del célebre Anatole France formaron la Liga de los Amigos del Latín con estos propósitos. Del mismo modo, el distinguido químico vienés M. Bauer, preguntado sobre las aptitudes científicas de sus alumnos respondía: "mis mejores alumnos vienen de los gimnasios clásicos ... dádme un estudiante que haya aprendido su gramática latina y yo respondo de él por lo que toma a la química" [32]. También en Alemania, el profesor de la Universidad de Berlín Wilhelm Münch le responde a Molina sobre este mismo asunto: "Pero, señor, nadie piensa ya en que los establecimientos de instrucción secundaria den a sus alumnos una educación práctica que los habilite para ganarse la vida. Su misión es otra; es el desarrollo armónico de las facultades dentro de la cultura general" [33]. En esos mismos días, el Rector de la Universidad de München, Richard Hertwig decía en un discurso que Molina conoce: "las escuelas deben educar, de tal suerte a nuestra juventud, que sus cualidades corporales y espirituales alcancen una plenitud armónica. Este es el antiguo ideal griego de la educación, la educación de hombres libres" ...también deben "comunicar aquellos conocimientos ... que permitan al joven entender y tomar parte en los movimientos espirituales de su tiempo" [34]. Y el Ministro de Instrucción Pública de Francia decía a la Comisión de Enseñanza de la Cámara de Diputados, en enero de 1902: "el maestro deberá... desarrollar las cualidades intelectuales y morales que estimulan la iniciativa individual, hacen los espíritus justos y libres, las consciencias rectas y las voluntades fuertes. Sólo de esta suerte cumplirá con su tarea y preparará al hombre y al ciudadano". [35]

Estos alcances son importantes en la construcción del pensamiento de Molina, especialmente en lo que concierne a una filosofía de la educación, No olvidemos que muchos de estos postulados teóricos serán llevados a la práctica durante su dilatada vida educadora. Por eso expresa más adelante que "la educación al darla principalmente el Estado es misión de éste cultivar en cada hombre no sólo lo que es propiamente individual sino además las facultades y virtudes del ciudadano, del miembro útil de una actividad". [36] Los establecimintos de instrucción, por lo mismo, especialmente en sus grados superiores "deben enseñar a conservar lo bueno, a estirpar lo malo que la sociedad posee y a discurrir sobre lo mejor que necesite". [37] Por eso que Molina aboga directamente por una aristocracia moral e intelectual en el país formada por los jóvenes educandos hacia ese fin .Este joven perfecto encontrará —dice— en el amor a la patria una fuente segura en que aplacar sus mejores anhelos; si su actividad económica

[32]Op. cit., pág. 112.
[33]Op. cit., pág. 117.
[34]Op. cit., pág. 118.
[35]Op. cit., pág. 119.
[36]Op. cit., pág. 123.
[37]Op. cit., pág. 123.

ha de ser principal, no ha de embargar, sin embargo, todo su espíritu. "La juventud que nos preocupa —apunta Molina— ha de resolver no sólo problemas económicos, sino además cuestiones sociales, políticas, religiosas e intelectuales" [38], pero para ello se requiere darle a esta juventud una educación general completa, única forma conveniente que pueda servir al desarrollo amplio, integral y sólido de la nación.

La polémica abierta por Encina y Molina tiene su "historia" en Chile cuyos deslindes finales, pienso, no se han cerrado, con defensores y detractores que cíclicamente cada cierto tiempo se actualizan. Nuestro autor aboga porque las dos actitudes se concilien en función de un progreso nacional.

Esta obra de 1912 viene acompañada de un post scriptum dedicado a examinar la intervención que en esta misma polémica dió a conocer don Luis Galdames con su libro: "Educación intelectual y educación económica" y además exponer sus puntos de vistas frente al primer Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria celebrado en Santiago.

No trata muy bien a Galdames por su "inspiración de defender toda la obra del señor Encina". [39] El aspecto más relevante de este comentario es volver sobre dos conceptos que ya habíamos apuntado como rasgos centrales del pensamiento de Molina: el individualismo y el tradicionalismo Galdames sostiene que el individualismo de Encina no es político sino psicológico y económico. Pero este —dice Molina— es común a las más encontradas escuelas que se disputan el predominio en la dirección de las sociedades. Ponen éstos "sus esperanzas en el solo esfuerzo personal y en la coordinación espontána o en la cooperación privada de las acciones personales". Los que no son individualistas psicológicos, por el contrario, consideran necesarias ciertas reformas de carácter social y político, implantadas por la autoridad misma para que la actividad individual sea más plena y fructífera". [40] Es decir, "el individualismo puro confía principalmente en el esfuerzo personal como panacea única para los problemas sociales. El otro cuenta también con este esfuerzo, pero además considera necesarias determinadas reformas sociales, políticas y cierta intervención de la autoridad social". [41] No cree Molina que Encina sea un individualista puro, por el contrario, en el presente "es imposible encarar con semejante gesto las cuestiones sociales". Para todos los asuntos del Estado las soluciones van más allá del puro individualismo para tomar en cuenta el grupo social, argumenta, siguiendo la concepción de Lester F. Ward.

La defensa que Galdames hace del tradicionalismo le parece escasa por repetir lugares que son comunes. En suma está de acuerdo con lo que Molina piensa sobre el tema. El equívoco de Galdames es confundir el "tradicionalismo" con el "evolucionismo social" que son parecidos, pero muy distintos.

[38] Op. cit., pág. 125.
[39] Op. cit., pág. 130.
[40] Op. cit., pág. 131.
[41] Op. cit., pág. 132.

Haciendo algunas reflexiones sobre el Primer Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria observa cómo las dos tendencias que le ocuparon en el presente libro se enfrentaron en defensa de sus postulados. En general, la educación chilena obtuvo beneficio de ambas partes. En lo que concierne a la educación humanista se aprobaron allí todas "las proposiciones relativas a dar más desarrollo y amplitud a los estudios de filosofía".

Pero también exhibe algunas cuestiones que siendo secundarias en contenido no dejan de revestir un hito importante en el desarrollo cultural de Chile. Fue, por ejemplo, la serenidad con que se plantearon las opiniones más encontradas, con un respeto que raras veces se había visto en el país. Asuntos acerca de la moral y la religión se expusieron con ardor y vehemencia, pero con altura de miras y tranquilidad, lo que fue exponente decidor de la madurez a que se había llegado a comienzos de siglo sobre estos asuntos. Formaron parte de este Congreso memorables hombres de selección que llegaron a él, no a improvisar sino con "ideas maduradas por la reflexión" y con un sano interés por "modificar y mejorar la realidad" social del país. Por eso es que Molina apunta un carácter interesantísimo del congreso: el de haber asumido a veces "las proporciones de una asamblea social nacional" [42]. Creía tener en sus manos la suerte entera de la patria y por ello alentaba mejorar su estado presente.

Connotados intelectuales chilenos dieron merecido respaldo a las opiniones de Molina, tanto en las conferencias como en la obrita que las reunió, entre ellos, Domingo Amunátegui, Rector de la Universidad de Chile (carta del 12 de noviembre de 1912), y Valentín Letelier (carta del 26 del mismo mes y año). El primero, como corolario de su exposición indica un juicio valorativo que será muy necesario tenerlo en cuenta en adelante: "me complazco en asegurarle que sus conferencias le han colocado en la primera fila de los educadores de este país" [43].

Aun cuando la opinión pública personificó a Encina como adalid de la corriente que propugnaba una educación económica y a Molina como neto exponente de una tendencia intelectualista, este último rechaza tal enjuiciamiento. "Nunca, ni entonces ni después —dice en sus Memorias—, he sostenido que una educación de carácter sobre todo intelectual pueda ser conveniente . . . mi salida a la palestra había sido para levantar cargos injustos contra el liceo y para que no se llevaran a cabo reformas que traerían su desnaturalización y deformación". [44]

"La cultura y la Educación General" constituye la expresión de un Molina ya maduro. Podemos afirmar que es ya el intelectual que se mueve seguro de sí mismo, con un prestigio que ha ido cosechando tesoneramente, pero en base a una constante renovación e integración de ideas. Su vista está en los grandes centros de cultura: Alemania, Francia, Estados Unidos, pero esta inspiración tiene su finalidad concreta: Chile.

[42] Op. cit., pág. 141.
[43] "Lo que ha sido el vivir", pág. 137.
[44] Op. cit., pág. 138.

En 1914, Molina publica dos obras importantes "Educación Contemporánea" en el que da a conocer sus estudios y observaciones efectuadas en su permanencia en Europa y "Filosofía Americana". Armando Donoso fue el inspirador de la idea de publicar esta última obra en la casa Garnier Hermanos de París y resume los ensayos que ya habíamos apuntado que acerca de Lester F . Ward y William James había dado a conocer algunos años antes don Enrique Molina.

El análisis de estos dos libros no los podemos efectuar aquí, pero exponen, de acuerdo a lo que ya conocemos de nuestro autor, un cambio en sus concepciones sobre la educación y muy especialmente en lo filosófico, al ponerlo en contacto con el pragmatismo y el meliorismo. La prensa nacional, por ejemplo, el muy serio diario capitalino "El Ferrocarril" acogieron con beneplácito ambos libros y respaldaron a Molina en su valía intelectual. De esa misma fecha son sus publicaciones "Las democracias americanas y sus deberes" y "La filosofía de Bergson". Finalmente, en el ocaso del año 1915 abandona Molina su famoso bastión de Talca para trasladarse como Rector del Liceo de Concepción iniciando una etapa que tal vez sea la más significativa para su persona y para Chile y que exigirá un análisis sereno y detallado en una intervención futura.

CONCEPCION, 28 de septiembre de 1976.